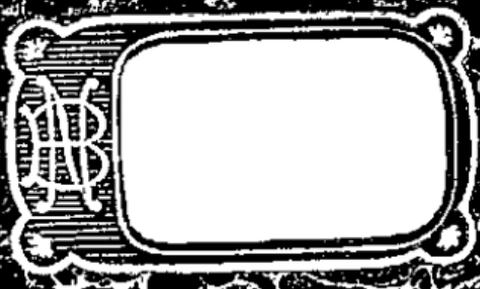


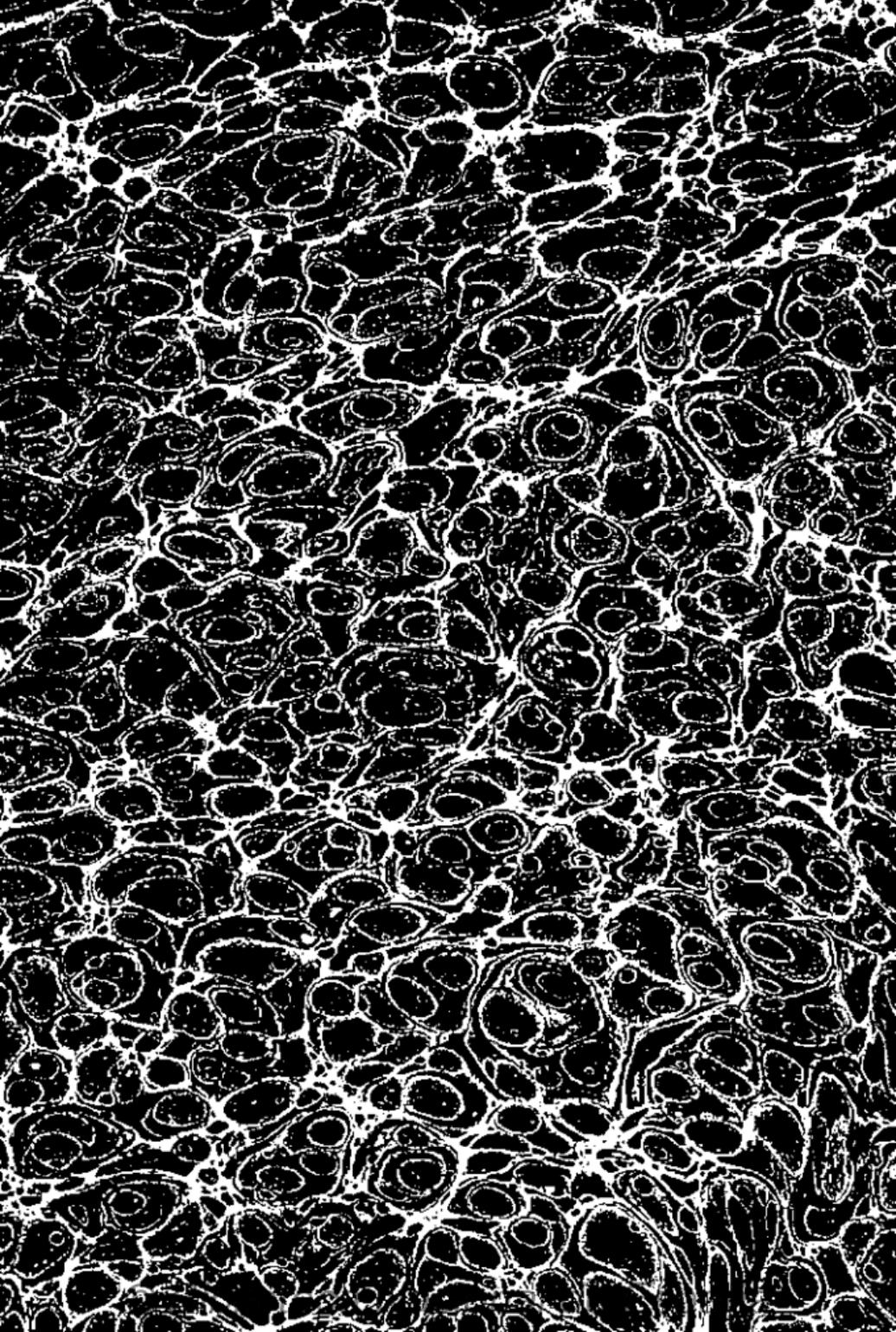
FABRIL
LA
ESPANOLA
DE
ESTIMACION

H-A
253



LXXXI-7

H. a.
253



LA CONSPIRACION

DE

SETIEMBRE.

DRAMA HISTORICO EN CINCO ACTOS, I EN PROSA.

IMPRESA DEL NEO-GRANADINO.

LA
CONSPIRACION
DE SETIEMBRE,

DRAMA HISTORICO EN CINCO ACTOS, I EN PROSA ;

POR

JOSE MARIA SAMPER.



BOGOTA.

—
IMPRENTA DEL NEO-GRANADINO.

—
1856.

PERSONAJES.

El Dictador Simon Bolívar.
El Jeneral Rafael Urdaneta.
El Coronel Bolívar (edecan del Dictador).
Luis Vargas Tejada.
Pedro Celestino Azuero.
Wenceslao Zuláivar.
Juan Orment.
Pedro Carujo (militar).
María (dama jóven).
Matilde (su hermana, id.)
Manuela Sáenz (favorita del Dictador).
Un relijioso agustino.
Dos oficiales de guardia.
Un carcelero.
Varios conjurados i soldados.

La escena corre en Bogotá, en agosto i setiembre de 1828.—Trajes de la época para militares i paisanos.

LA CONSPIRACION

DE

SETIEMBRE.

ACTO 1.º

El teatro representa una calle de arrabal: a la derecha i en el fondo, sauces i otros árboles: a la izquierda, casas de modesta apariencia, la primera con dos ventanas bajas.—Noche oscura.

ESCENA 1.ª

MARIA i MATILDE (asomadas a una ventana.)

MARIA — ¡Qué triste i oscura está la noche!

MATILDE—Todo es soledad i sombras. Tengo miedo, María. . . . Cuando la noche es silenciosa, i tiende un manto fúnebre que oculta los encantos de la naturaleza; cuando envueltas las estrellas en el flotante pabellon de negras nubes, se ve todo solitario. . . . entonces los árboles parecen espectros, todo conturba el alma, i el silencio de la soledad que reina hace enmudecer de espanto el corazon.

MAR. — Es que la noche oscura es la imájen de las agonías del alma, i de las tempestades del crimen. . . Pero Matilde, no sientes un frio glacial?

- MAT.** — Sí, la noche está terrible.
- MAR.** — Temo que quizás no vengan Luis i Celestino a vernos.
- MAT.** — Pero eso es imposible! Faltar a una cita de amor, sería un absurdo en dos poetas espirituales. Además...sus cartas de esta mañana....
- MAR.** — Ellos son mui cumplidos, i nos han prometido venir.
- MAT.** — Vendrán, no lo dudes. Ya ves que nos aman con tanta ternura i entusiasmo... así como nosotras, pobres peregrinas en este valle de lágrimas i amor.
- MAR.** — Es tan penoso esperar con impaciencia!
- MAT.** — Eso es verdad; pero cuando dos hermanas esperan a dos jóvenes poetas para gozar con ellos en dulce plática amorosa, entónces, María, la esperanza es un sueño de suprema felicidad, es un parasismo del corazon, que goza en el recuerdo para evaporarse despues en las palpitaciones del entusiasmo.
- MAR.** — Matilde, veo que te estás volviendo romanesca.
- MAT.** — Pues...he oido decir a Celestino, citando a Aristóteles, que la esperanza es el sueño de un hombre despierto: soñemos, pues, i esperemos.
- MAR.** — Puede que sea así; mas, para el comun de nuestro sexo.....la esperanza es el delirio de un matrimonio. Pero calla! parece que no han sido infructuosos para tí los requiebros de Celestino: cuidado con hacerte bachillera!

- MAT.** — Oh! Celestino tiene tanto talento....
i sobre todo una filosofía que espanta.
Pues acaso no dice que el matrimonio
es bueno por ser del mal el ménos?
- MAR.** — Sinembargo, él es mui amante....
- MAT.** — Es verdad, i me espresa su afecto con
tanta propiedad, que casi pienso debieran
darle una cátedra de amores en vez de la
de filosofía que tiene en la Universidad,
- MAR.** — Oh, pero mi Luis no es ménos erudito
en la materia. Me hace unos versos tan
lindos, tan espresivos i llenos de fogosa
inspiracion.... Cuán orgullosa me siento
con el amor de Luis! Él es poeta, ama
la política, las ciencias i las bellas artes;
i tal vez.... llegará un día en que siendo
un gigante literario en Colombia, se ha-
ga admirar del mundo por su jénio po-
deroso i ardiente.
- MAT.** — I va despuntado por las tragedias i co-
medias : especialmente su sainete de las
Convulsiones es mui orijinal, i ha sido
reputado como obra maestra, aunque las
mujeres lo detestan. Pero a la verdad...
- MAR.** — Qué ?
- MAT.** — Me parecen algo peligrosos los amantes
que escriben para el teatro.
- MAR.** — No veo la razon.
- MAT.** — Pues, se enseñan a desarrollar intrigas
i resortes dramáticos, que si bien los po-
nen en cabeza de sus personajes, a veces
puede antojárseles tambien hacerse los
héros i volverse tunantes.
- MAR.** — Pero Luis es un hombre de ideas ele-
vadas ; aunque se hace esperar mucho.

MAT. — María ¡no sientes que el frío se aumenta?

MAR. — En verdad que sí: me estoy helando. Cerremos la ventana, Matilde; no veo sombra alguna en la calle, i si ellos vienen de seguro llamarán (cierran la ventana)

ESCENA 2.ª

VARGAS TEJADA i AZUERO (saliendo de en medio de los árboles.)

VARGAS. — Sí; mi buen amigo: tal parece que la Providencia haya querido unir nuestra suerte en todas las situaciones de la vida. Pienso que el porvenir nos será comun.

AZUERO. — En efecto; tú como yo amas la gloria i tienes ambicion de triunfos literarios. Juntos estudiamos, juntos amamos, i nuestras almas se han confundido en una sola para adorar la libertad i la patria. Ambos vivimos en la atmósfera de los corazones soñadores i las almas generosas: solo que tú, palpitante rui señor de Dios i del amor, por que eres un gran poeta, te remontas sobre tus alas mucho mas arriba que yo. . . .

VAR. — Tal parece que el destino, esa mano invisible que arrastra al hombre sin saber a dónde, ha querido hacernos viajar por el océano del tiempo en un mismo bajel. Pero ¡quién sabe! . . . yo naufragaré talvez, dejando en pos el rastro de mi sangre, de mis lágrimas i melancolías; i mo

parece que veo en el porvenir, tras de la máscara muda del presente, un torbellino de olas de amargura que habrá de arrebatarme.... Todo me parece sombrío, i nunca el pensamiento de la gloria se fija en mi memoria sino por instantes.

Azu. — Pero, Luis, qué te falta para ser dichoso?.... Tienes una madre que te ama con ternura, i una María hechicera cuyo acento es la música del poema de tu vida.... Tienes amigos que te quieren con lealtad i te admiran; i sobre todo, ese jénio colosal que bulle en tu cabeza, ardiente i deslumbrador como el fuego que se ajita en el seno de nuestros volcanes; ese jénio que es la nobleza del cristianismo, la santa aristocracia del siglo diez i nueve; que conmueve los imperios, que estirpa las tiranías, que domina al mundo con su luz, i que ya se levanta hasta penetrar los arcanos del firmamento, ya juega con los elementos para ponerlos al servicio del hombre, ya arranca sus mas hondos secretos a la naturaleza. Tienes jénio, i el jénio lo es todo en la humanidad, porque es una chispa de la diadema que ciñe la frente de Dios....

VAR. — Ah! cuán dulcemente triste es todo eso!

Azu. — Qué te contrista, pues, mi caro amigo! Todo lo has recibido del cielo: tú arrancarás a los hombres la gloria que ellos dan.

VAR. — Vistes a un enano con el manto pomposo de un gigante: gracias, mi buen Ce-

lestino... Te reconozco siempre el mismo. El amigo de la infancia, con quien yo retozaba en esos días de sonrisas, de pompa i de gala para el corazón, en que la vida se desliza indiferente por el lago perfumado de las ilusiones, para precipitarse luego en ese torrente de pasiones turbulentas que llaman juventud... Sí, mi noble amigo; siempre fuiste el mismo para mí: en la infancia gentil como en la juventud; en el paraíso del placer, como en las deshechas tempestades de la amargura!

AZU. — ¡Entonces, de qué te afliges?...

VAR. — De pensar en el mundo, donde por cada hombre honrado, brota la tierra, como hongos venenosos, veinte necios egoístas!

AZU. — Creo que exajeras.

VAR. — Puede ser... pero... ¿dices que tengo jénio... ¡quién otro lo dice? Yo no encuentro donde quiera sino la burla!

AZU. — Sin embargo, serías muy ingrato si te quejaras de la sociedad.

VAR. — Tú me has visto pasar las noches en vigilia, a la luz de una lámpara triste, devorando con los ojos los caracteres de un libro, o inclinado sobre una mesa, con la pluma en la mano, como el herrero sobre su ayunque, ¡escribiendo... bah! para la sociedad que se ríe!

AZU. — Pero eso es un título de gloria....

VAR. — Pero la gloria es un sofisma.

AZU. — Escéptico!

VAR. — He escrito poemas para encantar al hombre i hacerle meditar; tragedias para moralizarle; comedias para divertirle i correjirle; versos, disertaciones, artículos. . . . I bien; cuál ha sido el fruto de mis estudios i vijilias?—El herrero ha sacado mas provecho de su ayunque, que yo de mi arpa.

AZU. — Será porque el herrero hace mas ruido.

VAR. — Pregúntale su opinion a un comerciante, i te dirá siempre que una pieza de fula produce mas que un poema.

AZU. — Mercedes que te riñan las Musas por ingrato. Quién no tributa homenaje al autor de las *Convulsiones*?

VAR. — Sábes cuál ha sido mi corona de laurel? El mundo ha leído mis escritos, i para consolarme ha tenido la atencion de decirme con aire de proteccion, al verme pasar: "He aqui un poeta! Pobre muchacho! va a morir de hambre en medio de las Musas!"

AZU. — Pero olvidas que la gloria. . . .

VAR. — Quiéres llegar a la miseria? Busca el camino de la gloria, i en una jornada está hecho el viaje. En América la gloria i la miseria son hermanas jmelas que jamas se separan.

AZU. — Luis, eres demasiado escéptico. ¿Desconfias acaso del porvenir?

VAR. — El porvenir; ¿Sabes cuál es el de un literato en América? Las viejas rezanderas le pedirán novenas en verso; las jóvenes le dirán que hace mui bonitas en-

dechas, i le exigirán odas i sonetos insulsos de cumpleaños i pésame; los tontos, que por desgracia son muchos, le creerán mentecato; los envidiosos le harán cordialmente la guerra, i los positivistas le dirán: “la literatura no da dinero.”

AZU. — En verdad que vas teniendo razon. Sin embargo, a veces suele llegarse al templo de la fama.

VAR. — El templo de la fama para los literatos en América, es....

AZU. — Cuál?

VAR. — El hospital!

AZU. — Me estás horripilando, Luis.

VAR. — I así quieres que sea literato?

AZU. — Ya no te lo aconsejo.

VAR. — Entónces?....

AZU. — Hablemos de otra cosa.

VAR. — De qué, por ejemplo?

AZU. — De la conspiracion que meditamos.

VAR. — Ciertamente que de no ser poeta, mas vale ser conspirador.—Son dos jéneros de locura. A lo ménos hai en las conjuraciones algo de terrible, de fantástico.... algo que aturde o arrebatá.

AZU. — Por qué vacilamos, pues?

VAR. — En teoría me parece mui sencillo; pero en la ejecucion.... En fin, ya pensaremos mas en las proposiciones de Orment i sus compañeros.

AZU. — Es verdad; pensemos por ahora en nuestra dicha: en Matilde i Maria!

VAR. — En efecto, habiamos olvidado algo nuestra cita. Quieres que llame?

AZU. — Mucho lo deseo ; pero . . .

VAR. — Qué ?

AZU. — Vuelvo a mi idea ; quisiera que pensásemos primero en las proposiciones de Orment. Sacrifiquemos a la conspiracion algunos momentos de amor. (Asoma por entre los árboles un embozado.)

VAR. — Habla mas bajo : estamos en la calle i pueden oirnos. (Observa ácia atras, i el embozado se oculta detras de un árbol).

AZU. — ¡ Bien ! no crees que debemos entrar en el complot ?

VAR. — Celestino ! esta es una resolucion mui grave : meditémola despues en calma . . .
Ademas, Matilde i Maria . . .

AZU. — Con razon dicen que ningun enamorado sirve para la política :

VAR. — Pero esta conspiracion . . . te aseguro que me tiene pensativo. Hai tantos obstáculos i peligros . . .

EMBOZADO — (Aparte.) De qué hablarán con tanto misterio !

AZU. — ¡ Entónces ; qué será de Colombia i de la libertad ! Cuál será la suerte de los republicanos !

VAR. — Ah ! es verdad. Pues bien, esta noche tomaremos nuestra resolucion.

AZU. — Entónces pensemos en nuestros amores.

VAR. — Quiéres al fin que llame ?

AZU. — Toma, si lo quiero !

VAR. — (Dando tres golpes en una ventana.)
No siento ruido alguno . . . Si se habrán dormido !

AZU. — ¡ Hombre ! ninguna mujer se duerme cuan-

do tiene cita. (Se oyen tres golpecitos adentro.)

EMB. — (Aparte) Toma ! esto parece cosa de francmasonería.

VAR. — Hem ! hem !

AZU. — Bien te lo decia ; ya vienen.

MAR. — (De adentro) ; Quién es ?

VAR. — Los consabidos. (Se abren las ventanas : Maria se asoma en la una i Matilde aparece en la otra.)

ESCENA 3.*

DICHOS—MARIA i MATILDE.

AZU. — Buenas noches, bella Maria.

MAR. — Buenas noches, señor filósofo galante.

VAR. — Maria, mi bien, amor mio ! (Le toma la mano.)

MAT. — Luis, mucho te haces esperar. Si supieras cuánto te pienso i cuán sobresaltada me tiene tu tardanza algunas veces!

AZU. — (A Matilde.) Matilde, tú siempre linda..

MAT. — Celestino ! (Le alarga la mano.)

VAR. — Cese el sobresalto, mi dulce amiga : ya estoi a tu lado para embriagarme en tu anjélica mirada....

EMB. — (aparte.) Hola ! parece que estos caballeros no pierden el tiempo ! Conspiran, segun pienso, i enamoran. Esto se llama comer a dos carrillos.

MAR. — Luis, cuando te veo, todo me parece risueño i soi feliz.

VAR. — Oh ! cuánto placer se siente al pié de tu

ventana! Maria, sé cuan pudorosa eres; pero... me permites besar tu linda mano?

MAR. — Tanto me lo has suplicado! (Várgas le besa la mano).

EMB. — (Cuerpo del diablo! Pues se quieren como dos palomas... I tan feo como es el galan...)

AZU. — Mi bella Matilde, cuánto se goza junto a tí!

MAT. — Pero siempre tardó para venir. Ya casi pienso que no me amas... Desde que te has enredado en la política piensas ménos en mí.

AZU. — Qué quieres tú, si la política es un dragon!

MAT. — Pero, dónde has estado?

AZU. — Aquí, ha largo rato. Pero Luis, que como sabes, es un maniático sepulcral, me ha tenido de planton hablándome de sus pesares.

MAT. — Lo mismo de siempre! Pero, te has acordado de mí?

AZU. — I para qué acordarme!

MAT. — Cómo, para qué!

AZU. — Si te llevo siempre en el corazón....

MAT. — Ah! me asustaste. No dejarás de ser tunante?

AZU. — Nada de eso, mi bien. Es que yo no sé galantear como Luis, que se evapora con Maria. Qué quieres tú, si soi un filósofo de cuenta. Los filósofos amamos a la inglesa: pan pan i vino vino. Pero eso sí, cuando llegamos a entusiasrnos.... ¿Sábes lo que pedimos?

MAT. — Qué, alguna diablura?

AZU. — No, un favor dulcísimo, ángel mio.

MAT. — Cuál?

AZU. — Que me permitas besar los extremos de tus dedos de jazmin, Matilde....

MAT. — Te parece que haria mal?

AZU. — No, amada mia: si lo creyese no lo exigiría.

MAT. — Entónces, consiento. (Aznero le besa la mano).

EMB. — (El otro tambien.... qué tunantes! Como se foguean desplegados en guerrilla!)

VAR. — Maria, cuán delicioso es el amor, si la virtud dirige sus goces! Entónces el alma es la que vive, se ensancha el corazon, i la materia no siente la agitacion que causan los deleites vulgares.

MAR. — Es verdad. Cuando se ama con espiritualismo, el amor es una fuente inagotable de felicidad....

AZU. — Matilde, ¿sábese que no hai sobre la tierra sino dos ídolos para mi corazon?

MAT. — Cuáles?

AZU. — Tú i mi patria.... Republicano ardiente, amo a Colombia como a mi madre, como la libertad; pero jóven i sensible, te amo con la ternura de un niño....

MAT. — Ah! cuánta felicidad!

EMB. — (No sé qué pensar de estos calaveras: o son conspiradores, o están devéras enamorados. Tal vez son lo uno i lo otro).

MAR. — I bien, Luis, seremos al fin dichosos?

VAR. — Crees en mi amor, Maria?

MAR. — Sí, porque eres leal.

VAR. — Fías en mi palabra?

MAR. — Eres republicano, i un republicano jamas miente.

VAB. — Entónces, espera i ten confianza.

MAR. — Sí, esperaré. . . . Entre tanto, me amarás mucho, no es cierto?

VAR. — Linda Maria! Te amaré como ama sus pinceles el pintor; como ama el colibrí a su compañera; como ama el poeta el arpa que le consuela i la ardiente inspiracion que chispea en su fantasía!

AZU. — Matilde; en la oscuridad de la noche eres bella tambien; i tus ojos me enloquecen, porque siento que tu imperio ha domado mi altivo corazon i mi espíritu de bronce. Sabes lo que es el amor, querida Matilde?

MAT. — Yo no sé sino que es la segunda relijion del alma, porque tiene su fé, su culto i sus misterios. . . .

AZU. — Ah! dulce amiga! Amar es sentir dos existencias confundidas en una sola, que sienten con un solo corazon, que ven con unos mismos ojos, que tienen un solo pensamiento. . . .

VAR. — Hechicera Maria. . . . Cuánto se goza en el amor! El amor, torrente de vida embalsamado con el aliento de una mujer, i que regando el corazon lo fecundiza i hace capaz de las mas grandes i atrevidas empresas, si es que no le aturde con ensueños de suprema felicidad. . . . dulce licor que se bebe en los labios de una

mujer! Cuántas veces este sentimiento, tranquilo o vehemente, pero siempre consolador, ha conducido al hombre a la virtud i la felicidad por un sendero de flores! Cuántas veces tambien conduce al desgraciado a la amargura o el crimen, si llega a estraviarse en el camino....

MAR. — Oh! no hables así, porque me afliges.

VAR. — Pero tu amor, bella Maria, me ha hecho amar a la Providencia i a la sociedad, a pesar de mis amarguras.

MAR. — Cuánta felicidad para mí!

VAR. — Algunas veces, arrebatado por el vértigo del sufrimiento, he querido interponer a la muerte entre Dios i yo; pero tu imagen se ha levantado como una blanca sombra para colocarse entre la muerte i mi desesperacion, deteniéndome en la orilla del abismo....

MAR. — Cruel! i no pensabas en mí cuando delirabas en la muerte! No recordabas que tu vida pertenece a Dios, a tu patria, a tu madre i a tu Maria que te ama tanto?..

VAR. — Es verdad que soi un delirante. Pero.. Dios no me necesita: ¿no hai tantos frailes ociosos durmiendo en los conventos? — Mi madre es feliz. Entónces, no pertenezco sino a mi patria i a tí. A tí, que inocente como un ángel, me amas con ternura: a mi patria, a esta Colombia un tiempo tan gloriosa i llena de pujanza, i hoy humillada bajo la planta de una tiranía mercenaria, i nadando en el mar tempestuoso de la miseria i la discordia!

Pobre patria! quién pudiera volverle lo que le han quitado!

MAR. — Habla mas bajo que puede haber jente en la calle.

EMB. — (Es verdad: este va cayendo en el garlito. Lástima que sea poeta, porque no es gran presa que digamos).

VAR. — Callaré, Maria, mi dulce Maria,.... lirio embalsamado que encierras en tu cáliz la vida, el pudor i la felicidad! Pero deja otra vez que mis labios se posen en tus hojas.... (*le besa la mano con ternura*).

AZU. — Matilde, no me olvides en tus sueños. : Cuán bello debe de ser cruzar como una sombra por entre los sueños de un ángel como tú!

MAT. — tan pronto te vas?

AZU. — Es preciso; pero dame tu mano (*se la estrecha*).

EMB. — (*alto*). Parece que los conspiradores tienen siempre sus entretenimientos, eh?

VAR. — Entrate, Maria, que nos han visto.

AZU. — Cierra, Matilde, hai moros en la costa.

MAR. — (*Cerrando la ventana*). Adios!

VAR. — Adios, mi amor!

MAT. — Buena la hicimos: hasta mañana!

AZU. — Adios! (*Se cierran las ventanas*).

ESCENA 4.ª

AZUERO — VARGAS — El embozado.

AZU. — (*a Vargas*). Habrá necio igual? Interrumpir así como un bruto las pláticas amorosas! Esto es intolerable!

- VAR. — Es una importunidad indigna !
- AZU. — A lo ménos es contra todas las reglas de galanteria. Quién será el mostrenco ?
- VAR. — Algun tunante, si no es un espia.
- AZU. — Sea lo que fuere, salgamos del paso. Tienes tus pistolas ?
- VAR. — Sí ; i tú ?
- AZU. — Yo tengo mi puñal (*alto*). Eah, señor embozado, caiga el embozo i sepamos do qué se trata.
- EMB. — Puff !
- AZU. — Quién vá ?
- EMB. — Un hombre.
- AZU. — Se entiende ; pero qué hombre ?
- EMB. — Uno que tiene libertad para andar por donde sea de su gusto.
- AZU. — Pero que no por eso deja de ser un truhan.
- EMB. — Cuidado que es de muñeca !
- AZU. — Poco va al caso. Pero diga quién es.
- EMB. — (*Acercándose i bajando el embozo*),
Me conoce U ?
- AZU. — }
VAR. — } El Coronel Bolivar !
- CORONEL. — En persona, caballeros.
- AZU. — I bien, hai algo con nosotros ?
- COR. — Hai . . . i no hai.
- VAR. — Vamos, explíquese U. Pero ántes de todo nos diria U. por qué nos ha interrumpido ?
- COR. — Pues . . . me paseaba . . . oí voces, me acerqué, como era natural, i presencié la escena.
- AZU. — I qué habia en ella de raro ?

- COR. — Poca cosa: dos enamorados.
AZU. — I eso es todo? Por eso nos importana U?
COR. — Es que los dos amantes tienen trazas de ser dos conspiradores.
VAR. — ¡Conspiradores!
COR. — O cosa parecida.
AZU. — I qué datos tiene U. para afirmarlo?
COR. — No lo he afirmado.
VAR. — Entónces, quien?
COR. — Ustedes mismos.
AZU. — En dónde?
COR. — Aquí.
AZU. — Cuándo?
COR. — Hace media hora.
AZU. — Hola! Es U. un espía!
COR. — Tenga su lengua el filósofo. . . .
VAR. — (*Al oído de Azuero*) Prudencia!
AZU. — Coronel Bolívar! . . . tiene U. intencion de armar querella?
COR. — No tal: observo i nada mas.
AZU. — Ah! Es U. agente del Santo Oficio de Colombia?
COR. — Soi nada mas que un defensor del Gobierno, pronto a combatir a los traidores.
AZU. — I hai aquí traidores? (*mete la mano al pecho*).
COR. — No digo tal: espero el tiempo. Entretanto, daré a ustedes un consejo.
AZU. — No lo pedimos.
COR. — Entónces será un recuerdo; i es, que si para los revoltosos hai balas, para los conspiradores hai patíbulos.
AZU. — Ya lo sabemos.

COR. — Entónces, cuidado caballeros, con caer.

AZU. — Cuidado con ser el primero.

COR. — Hasta la vista, caballeros amantes. (*Vase el Coronel Bolívar*).

ESCENA 5.^a

DICHOS, ménos el CORONEL.

VAR. — ¡ Bien! qué dices de este extraño lance?
¿ Crees que ese Coronel estúpido habrá
penetrado nuestros designios, emboscado
talvez tras de esos árboles?

AZU. — Temo mucho.... es posible!

VAR. — Sea lo que fuere, la causa que defendemos es justa, ¡ por muchos contratiempos que se presenten, el Dios de la libertad defenderá a Colombia!

AZU. — Colombia! nombre sonoro que electri-
za el corazon del patriota.... Cuán
triste es pensar que la sangre de tantos
héroes derramada en los campos de ba-
talla ¡ en odiosos patíbulos, solo haya
servido para fecundar en Colombia el
árbol de la tiranía, que amenaza destruir
con sus raices el edificio ya bamboleante
de la democracia!

VAR. — Es porque la Providencia, que se em-
peña en producir tremendos contrastes,
no ha querido darle un Washington a
cada pueblo! También ha producido un
Bolívar para que ahogase la libertad en
su cuna.... Pero ella renacerá en Co-
lombia!

AZU. — Colombia! triste cementerio donde se

ven esparcidos los escombros de la gloria que fué, i los esqueletos de millares de valientes! Dónde están sus grandes ciudadanos i sus héroes! Dónde sus bravos cazadores de otro tiempo! . . . Qué fué de sus laureles conquistados al estampido del cañon en Boyacá, i entre torbellinos de pólvora i de sangre en los campos de Gámeza i Junín, de Ayacucho i Pichincha! Qué ha sido de los leones de los Andes que conquistaron “a paso de vencedores” las banderas de Pizarro!

VAR. — Todo ha sucumbido ante la Dictadura; i ya no existen las glorias del coloso levantado entre dos océanos para espantar a la vetusta Europa con su pujanza i esplendor! . . .

AZU. — Triste realidad! I nosotros permanecemos inertes, cuando la República se desmorona bajo la ignominiosa presión del absolutismo, i cuando apénas vive la sombra de la libertad vagando silenciosa sobre las hosamentas sagradas de Cáldas i de Tórres, de Leiva i de Villavicencio!

VAR. — Por desgracia, no hai en tus palabras sino el acento frio i espantoso de una funesta verdad! Oh! si las cenizas de Ricaurte, perdidas entre los escombros de San Mateo, pudieran levantar un acento; si Jirardot se alzara del fondo de su tumba gloriosa i D' Elóyar saliese del Océano, ellos arrojarían una maldición sobre los tiranos de Colombia, i sus ojos se llenarían de lágrimas al contemplar este cuadro de pomposa ignominia. . . .

AZU. — Pues bien! arrojemos nosotros esa maldicion con la punta del puñal! ¿Resistirás aún el lanzarte en la empresa de aniquilar la dictadura? Ella es atrevida, heróica, i está sembrada de peligros... Pero qué empresa mas bella para un republicano?

VAR. — Espantosa verdad!

AZU. — I cuando esa patria es Colombia, el gigante de la América,—Colombia, que batió a los bravos vencedores de las águilas de Napoleon; que al traves de los mares atronó a la metrópoli con el estruendo del cañon revolucionario, i cuyos valientes granaderos se embriagaron en la victoria tantas veces.... Oh! entonces se puede combatir con mas orgullo, porque el puñal de Bruto se santifica en el altar de una nacion grande i gloriosa! Vacilarás aún?

VAR. — No, yo reconozco la justicia de nuestra causa. Ella es la de la libertad contra las viejas tradiciones del gobierno del sable; la causa de la democrácia, del cristianismo jeneroso que riega de flores el camino de la humanidad! Pero la misma santidad del fin, exige medios lejítimos, humanitarios, que no sean reprobados por la moral de los pueblos. El fin no justifica los medios: quédese allá esa máxima impía para jesuitas i opresores!

AZU. — I todo eso qué quiere decir?

VAR. — Quiere decir que el buen republicano debe combatir con la espada de Jirardot,

pero nunca con el alevoso puñal de Bruto; i que para vengar a su patria, que es su madre, jamas debe ser fratricida; La democracia no necesita del brazo de Cain!

AZU. — ¡Qué! . . . Bolívar es Abel?

VAR. — No; pero si la República es el gobierno de la intelijencia, de la razon i la filosofía, no apelemos a la fuerza brutal que es el instrumento del despotismo! Oprimidos, nosotros no debemos imitar a nuestros opresores. Trabajemos en las vias del honor i nuestra victoria será duradera. . . .

AZU. — Nosotros no podemos ser jueces del presente! El juicio de las revoluciones solo pertenece a la posteridad. Sigamos la lei de la necesidad pública, i el porvenir juzgará si hemos obrado como buenos ciudadanos!

VAR. — Sin embargo, la esperiencia nos es fatal. La revolucion del 26 de enero ha fracasado en Lima, como la de Padilla en Cartajena. Es que los medios violentos pierden al que los adopta, i todo partido político labra su ruina apelando a las armas. La opinion es siempre mas fuerte que las bayonetas, i ella derribará tarde o temprano la Dictadura.

AZU. — Delirios filosóficos! Mientras que la opinion se consolida, ya no quedará de la libertad sino el cadáver!

VAR. — No olvides que las revoluciones de puñal pueden ser disculpables rara vez en las monarquías; pero que en las re-

públicas, no hai otra revolucion posible i lejitima que la de las ideas.

AZU. — ¡ cómo hacer esa revolucion, cuando la prensa está abolida, la tribuna despedazada i el sufragio anulado ? No ! Cuando un pueblo carece de esos preciosos derechos, tiene un cuarto derecho, el de la insurreccion, i solo el pueblo mismo puede juzgar de la lejitimidad de los medios de insurreccionarse ! Ve a predicar la libertad en la tribuna : sábes cuál seria tu suerte ? El dictador te haria descender de ella para hacerte subir al cadalso !

VAR. — Pero seria honrosa, seria justa la conspiracion ? Bolívar es el libertador de Colombia : ¿ i qué diria el mundo al ver a a los hijos de esta República clavar el puñal en el corazon del mismo que en los campos de batalla la condujo en mejores tiempos a la victoria ?

AZU. — Bolívar el libertador ! No ! el libertador de Colombia ya no existe, porque el ciudadano guerrero se ha trasformado en opresor. El que fué libertador ha muerto para la libertad, i de entre sus cenizas se ha levantado la sombra del absolutismo con el nombre de Simon Bolivar !

VAR. — Entónces, glorifiquemos al libertador i despreciemos por sus estravíos al dictador.

AZU. — Todo buen ciudadano tiene el deber de ser libertador de su patria ; pero el que llegando a olvidar sus deberes ul-

traja los fueros del pueblo, rompe sus propios laureles, imprime sobre su frente la mancha del delito i hace olvidar sus glorias i servicios.

VAR. — Sinembargo... si fuera posible adoptar otros medios....

AZU. — I cuáles por ventura! Escribir? Pregunta a Vicente Azuero i a González lo que hacen con los escritores esos perros de presa que llaman edecanes de Bolívar. Una Convencion? Ella correría la suerte de la de Ocaña. Una insurreccion jeneral?

VAR. — Eso seria mejor.

AZU. — I vale acaso la vida del dictador tanto como la de centenares de colombianos que sucumbirian en la guerra civil, i las riquezas que consumiera el pueblo para llevar a cabo la revolucion? No es mejor destruir la vida de un tirano que la de muchos ciudadanos?

VAR. — Pero con qué elementos podemos contar? Santander no entrará en la conspiracion; Córdova tampoco: Padilla está preso; Crofton i Witle son incorruptibles. Con qué fuerzas, intelijencias i jefes puede contarse, pues?

AZU. — La juventud es nuestra.

VAR. — ¡Cuántos de esos jóvenes que ahora se llaman republicanos, serán despues sectarios del absolutismo!

AZU. — Hai esperanza de afiliar el cuerpo de artillería: contamos con varios oficiales, entre ellos el valiente Carujo! Orment,

Zuláivar i muchos jóvenes resueltos, están en el complot.

VAR. — I tenemos dinero ?

AZU. — Poco, pero el suficiente : Orment se encargará de distribuirlo.

VAR. — Sinembargo, es preciso meditar el asunto con mucha madurez . . . (*Asoma por entre los árboles un hombre envuelto en una capa*). Pero no estamos solos : un hombre se acerca.

ESCENA 6.^a

DICHOS i ORMENT.

AZU. — (*a Várgas*) ; Será otra aventura ? (*alto*) caballero

ORM. — (*descubriéndose*). Malditos sean los poetas i el trabajo que cuesta pillarlos !

VAR. — Es Orment !

AZU. — Cómo ! U. por aquí ?

ORM. — Diablos ! cómo se esconden ustedes para que haya necesidad de buscarlos en el último rincón de la ciudad ? Empiezo a creer que los enamorados pertenecen a la especie de los animales nocturnes.

AZU. — I bien ; qué tenemos de nuevo ? Marcha bien el asunto ?

ORM. — Por San Dionisio que marcha viento en popa. Por eso vengo a avisarles

VAR. — Qué ?

ORM. — Que dentro de cinco días anclaremos en puerto seguro.

AZU. — Pero espíquese U. que me impaciente.

ORM. — Dentro de cinco días daremos el golpe

AZU. — Cómo, en dónde de qué manera!

ORM. — Todo está convenido: contamos con el Coronel Guerra!

VAR. — Positivamente?

ORM. — A fé de buen francés.

AZU. — ¡I la tropa?

ORM. — Gran parte: la necesaria.

VAR. — Pero eso no es bastante: es necesario tener alguna seguridad....

ORM. — Toma! Si Cristóval Colon hubiera estado bien seguro, poca gracia habria hecho en descubrir la América. En el riesgo está el heroísmo. Además, en estos cinco días habremos reunido mayores elementós.

AZU. — Pero, ¿cuál es el plan concebido?

ORM. — Hasta ahora no está definitivamente acordado; i para eso vengo a llevar a ustedes a casa. La idea que me ocurre es mui sencilla. Como ustedes saben, el día 10 se da un baile de máscaras en el Coliseo, en celebracion de cierto aniversario; Bolívar irá; tendremos la artillería pronta, pondremos en libertad a Padilla, i cuando se dé la señal, me acerco a Bolívar, que estará haciendo figuras de contradanza, doi un viva a la libertad, caemos sobre los corifeos, i puff! le dirijo a mi hombre un saludo por el estilo del que le dió Bruto a Julio César; i negocio concluido.

VAR. — Pero eso es horrible!

ORM. — ¡I de qué otro modo se puede hacer?

Poco mas o ménos siempre se mata lo mismo. No ha asesinado Bolívar a la libertad? Además, esta no es una idea convenida....

AZU. — El medio es mui arriesgado.

ORM. — Al contrario: en la confusion del baile estaremos todos disfrazados i prevenidos, mientras que los contrarios.... Es el medio mas seguro.

VAR. — Pero, dando por cierto que salgamos de Bolívar, si carecemos de fuerza para sostenernos, quedará Urdaneta, i es probable....

ORM. — Que nos degüellen, no es así?

VAR. — A lo ménos, debemos considerar que la serpiente tiene muchas cabezas.

ORM. — Para eso hai un remedio.

VAR. — Cuál?

ORM. — Cortarlas todas.

VAR. — El remedio es inmoral.

ORM. — Mas ínmoral me parece la dictadura.

VAR. — Oh! es mui triste, abrigando una alma republicana, tener que ocurrir a medios acaso reprobados para salvar la patria!

ORM. — Pero, en fin, resolvámonos.

AZU. — Luis, qué dices de eso; te resuelves?

VAR. — Es decir, que para salvar a Colombia es preciso sacrificar la conciencia? Pues bien: si no hai otro medio de evitar la ruina de la libertad; si es preciso olvidarse de sí mismo para ser republicano, yo quiero tener la abnegacion del patriota! Conspiraré, sacrificando el honor en las aras de Colombia! Perezca la conciencia i sálvese la patria!....

ORM. — Oh! ese ardor me enajena.... Así
quería yo ver al poeta éspiritual!

AZU. — Orment, cuente U. con nosotros....

ORM. — Entónces, marchemos! Los compañe-
ros nos esperan en casa: es preciso no
perder tiempo i obrar con acuerdo. Así
el golpe será seguro, i si lo acertamos,
el porvenir es nuestro.

AZU. — Vamos, pues: aprovechemos los ins-
tantes.

VAR. — (*acercándose a la ventana de María.*)
Adios, dulces amores.... os sacrificio
por un amor mas grande i elevado....
María! la patria, tu rival, ha vencido en
mi corazon. Perdóname, ángel mio....
Tu amante es ya conspirador! La poste-
ridad dirá si he empezado a ser indigno
de tu cariño anjelical. Pero la suerte
está echada: ántes de ser tu amante fui
colombiano, i debo conspirar para ser
buen patriota!

ORM. — Vamos, no hai que vacilar!

AZU. — Luis, deja de ser poeta i amante, por-
que has empezado a ser conspirador....

VAR. — Sí! a conspirar! a conspirar! Marche-
mos!

FIN DEL ACTO 1.º

ACTO 2.º

El Teatro representa la antesala del Coliseo. A derecha e izquierda un corredor circular. En el centro una portada que conduce al salon iluminado, donde estarán en movimiento personas disfrazadas, de uno i otro sexo. Al levantarse el telon, se oye por algunos momentos la música del baile. Todos los conspiradores llevarán una cinta en el brazo izquierdo, i algunos de ellos vestidos de marineros.

ESCENA 1.ª

ORIENT.

(*Entrando por la izquierda*). La música suena todavía. Miseria humana! Mientras lloran los unos, rien los demas; mientras los unos bailan como locos, los otros afilan el puñal!— La funcion ha empezado ya: bien! mientras mas pronto mejor— La empresa ha marchado bien, nadie sospecha i el éxito será completo. Oh! baila. . . . baila Simon Bolívar! Diviértete, porque pronto dejarás la algazara del mundo para hundirte en la soledad de la tumba. . . . Habrás dejado la careta humana para mostrar el semblante frio de un cadáver con la horrible fealdad de la muerte! . . . Bailad, necios que pasais la vida en medio de la voluble i frenética emocion de los placeres. . . . Pronto la tempestad estallará! Imbéciles,

que habeis creído que yo, educado entre la atmósfera corrompida de las aristocracias europeas, he venido a Colombia como el espía vulgar de un monarca vilipendiado i perverso.... Yo os probaré que si he nacido en la patria adoptiva de Rousseau, he aprendido a amar la libertad donde quiera.—Mi patria es la humanidad! porque, hombre libre, no encuentro límites entre los pueblos para defender la libertad, como no los hai para adorar a Dios!.... Voi a matar a un grande hombre.... la posteridad me juzgará! Los unos me llamarán asesino: los otros me mirarán como un héroe. Bruto ha sido admirado por todo el mundo, ¿i por qué no lo seria yo, si el dictador de Colombia tuvo mas glorias i fué mas culpable que el tirano de Roma? Yo daré a la humanidad el ejemplo de que la libertad es una diosa a la cual debe tributarse culto no solo en la propia patria, sino en el suelo extranjero! (*Váse por el corredor de la derecha*).

ESCENA 2.^a

MARIA i MATILDE (saliendo del baile, vestidas a la española.)

MAR. — Quitémonos estas caretas que ahogan!

MAT. — Tienes razon: hace tanto calor en el baile.... i tenia el pecho tan oprimido!

MAR. — No has observado que el Libertador ha estado mui galante con todas, ménos con la favorita?

MAT. — I cómo te galanteaba ! decia unas cosas que

MAR. — Eso no es estraño : he oido decir que todos loa grandes hombres han sido mui enamorados. Será que ellos, desde lo alto de su grandeza, no alcanzan a ver cuánto sufre el corazon de una mujer amante a quien se desdeña. Pobre favorita !

MAT. — Has conocido a algunos en el salon ?

MAR. — Sí, he conocido a unos cuantos ; pero no he visto a Luis ni Celestino. Tal vez no hayan venido aún.

MAT. — T'emo que por hacernos rabiarse hayan disfrazado de manera que no podamos conocerlos.

MAR. — Pero ellos no saben que nosotras debiamos venir.

MAT. — Es verdad ; aunque bien pueden haber bailado con nosotras para divertirse a su sabor.

MAR. — Calla ! Serian acaso dos marineros que nos acompañaron en la primera contradanza ?

MAT. — Pero eso seria imperdonable ! Bailar con una, rodear su cintura con el brazo, i no decir siquiera esta boca es mia

MAR. — Los hombres tienen sus caprichos.

MAT. — I bien ; qué dices del baile ? Me ha parecido mui bello i concurrido ; i sobre todo, hai una variedad de personajes tan interesante ! Si hubiera visto Celestino cuán amable estaba un moro que se acercó a pedirme la segunda contradanza quizás se habria puesto celoso.

- MAR. — El baile no puede estar mas variado : he visto indios, romanos, griegos, españoles, turcos, judios qué sé yo.
- MAT. — Eso de ver judios no es extraño, si en la calle Real hai uno en cada tienda i los almacens parecen cinagogas.
- MAR. — Pero, sobre todo, hai tanta originalidad en los trajes i parejas! ¿ No viste en la contradanza a un Napoleon bailando con Cleopatra, i un musulman, que se daba sus aires de Malek-Adel, acompañando a Lucrecia Borjia ?
- MAT. — Se goza tanto en los bailes de máscaras! I aunque, segun parece, todo el mundo anda siempre de máscara i la sociedad es un gran baile, encuentro mucha novedad en las impresiones que recibo ahora.
- MAR. — Pero calla! Parece que viene ácia nosotras un marino : si será de los nuestros? (*Aparece por el centro un marino.*)
- MAT. — Cubrámonos, María. (*Se ponen las caretas.*)

ESCENA 3.^a

DICHAS i el MARINO.

- MARIN. — (Qué par de lindas españolitas!) Podría saberse por qué os poneis bajo la proteccion de la egoista careta?
- MAR. — (*a Matilde.*) Me parece la voz de Celestino : si vendrá a divertirse con nosotras! (*al Marino.*) ¿Podría saberse con quién se habla?
- MARIN. — Soi un pobre marino que ha naufr-

gado en un archipiélago de muchachas, i que, viendo estrellarse la nave de sus galanteos, viene errante por estas playas, cual otro Telémaco, buscando un ángel caritativo que le socorra.

MAT. — Pero qué le ha sucedido a U?

MARIN. — Un contratiempo fatal, Señorita. No encuentro pareja en disponibilidad: todas están en servicio activo, i salgo del baile con letras de retiro.

MAT. — Ja, ja, ja! eso es mui chistoso.

MARIN. — Para mí no tanto.

MAR. — I ha perdido U. toda esperanza?

MARIN. — Se entiende; pero no se ria U. de las calamidades ajenas.

MAR. — No, por cierto. Quiere U. bailar la primera contradanza?

MARIN. — De mil amores, graciosa españolita. (En qué apuro me ha metido!)

MAT. — I si no desagradara a U. un valse....

MARIN. — (ap.) Otro, Dios mio! (A Matilde) Oh! Señorita, cuánta jenerosidad! Sí, bailaremos, amables protectoras. A lo que veo, la España ha tomado esta noche bajo su proteccion a la marina. (A fé que si no estuviera conspirando ninguna se me brindaba).

MAR. — I bien, se descubre U. ahora?

MARIN. — Señorita, como republicano, soi amigo de la igualdad: si U. se descubre, acepto.

MAR. — Por qué no? Pero que haya buena fé. U. levantará mi careta i yo la de U. Mi compañera dará la voz.

MARIN. -- Convenido, i en guardia. (Esto ya parece desafío.)

(*Maria i el Marino se cojen mutuamente la punta de la careta.*)

MAT. -- Una, dos, tres! (*Se levantan las caretas*).

MAR. -- Zuláivar!

ZUL. -- Señorita!

MAR. -- Es U. un tunante! Nos habia conocido U?

ZUL. -- No tal; i aun no creía encontrar a ustedes aquí.

MAT. -- Por qué?

ZUL. -- Es un secreto. Estoy seguro de que si Várgas i Azuero dan con ustedes, ellos serán de mi opinion.

MAT. -- (*quitándose la careta.*) A propósito: los ha encontrado U?

ZUL. -- Al contrario, los busco con empeño.

MAT. -- Tal vez no están en el baile.

ZUL. -- Deben venir precisamente.

MAT. -- Hai en esto misterios? Díganos U. la verdad.

ZUL. -- Todo lo que sé es que deben venir, i que ustedes debieran retirarse pronto.

MAT. -- Oh, U. nos oculta algo. Explíquese U. por Dios, Zuláivar.

MAR. -- Sí, explíquese U: yo sufro una angustia inesplicable.

ZUL. -- No tengan ustedes temor: ningun peligro amenaza a Várgas Tejada i Azuero. Solo se trata de una simple conferencia importante. (*Se oye un murmullo cercano en el corredor.*)

MAT. — Jente viene : cubrámonos.

ZUL. — Serán acaso algunos danzantes rezagados que han ido a la cantina.

MAR. — Matilde, vamos a buscar a mamá. (*Entran cuatro marineros con caretas i María, Matilde i Zuláivar se cubren*).

ESCENA 4.^a

DICHOS i los cuatro marineros.

ZUL. — (*acercándose al primero*). Soi con ustedes dentro de un momento.

MAR. — No hai duda, la marina ha inundado el coliseo.

MAT. — (*a María*). Aquí hai algo de extraordinario, María : estos marineros me dan sospechas de que se trata de un negocio grave ; ya he visto siete con el mismo disfraz.

MAR. — (*a Zuláivar*). Qué jente es esa ?

ZUL. — Unos colejiales ; jente inofensiva por supuesto. (*Se acerca a los marinos*).
Quién va ?

UN MARINERO. — La marina !

ZUL. — Su nombre ?

MARIN. — Carujo. I el otro ?

ZUL. — Zuláivar ! El pájaro está en la jaula, i si las operaciones esterioras van marchando bien, el éxito nos pertenece.

CARUJO. — Nada se sospecha ?

ZUL. — Todos piensan en bailar i divertirse no mas. He hablado a Orment i está pronto a dar el golpe.

MAR. — (*a Matilde*). No hai duda ! aquí hai

algun misterio. Mira cómo se hablan al oído.

CAR. — Tardaremos demasiado ? Yo me impaciento.

ZUL. — Voi a dejar en el salon a esas señoritas : me separaré de ellas, saldré por la portezuela de la izquierda, i pronto volveré a avisar a los compañeros si Guerra ha puesto en libertad a Padilla i está preparado. Si todo está pronto, daré la señal convenida.

CAR. — Bien; tres palmadas, i carga jeneral.

ZUL. — (*a María i Matilde*). Vamos al salon, señoritas. Voi a buscar a Várgas Tejada i Azuero.

ESCENA 5.^a

DICHOS, ménos María, Matilde i Zuláivar.

CAR. — El negocio marcha perfectamente. Camaradas! valor, resolucion i prudencia. El momento es solemne, i vamos a decidir de la suerte de Colombia. Orment está en su puesto : mi jente está pronta en la calle, confundida entre el tumulto de curiosos. Zuláivar va a buscar a Guerra i él debe darnos la señal. Pero debemos dispersarnos para no llamar la atencion. Vamos a confundirnos en la multitud. Jente viene; separémonos. (*Se van dos por el corredor de la izquierda i dos por el de la derecha.*)

ESCENA 6.ª

EL DICTADOR BOLIVAR i URDANETA (saliendo del salon por el centro).

BOL. — Pues a fé que el baile está magnífico. Ha observado U. Jeneral, cuánta variedad hai en los personajes?

URD. — Sí, por cierto. Pero V. E. ha bailado locamente. Bien le decia yo que estaria de humor. Eso es bueno: así disipará V. E. esos pesares que le inquietan a todas horas. I en verdad que V. E. ha estado mui galante; especialmente ha hecho la corte a una españolita, como si quisiera entrar en tratados con la antigua metrópoli.

BOL. — Toma, si estoi de humor! Me gustan los galanteos a ratos. I Manuela que ha acertado a presentarse tan ridículamente vestida. . . . Ha observado U. Jeneral, la indijestion de ella al verme galantear a la españolita?

URD. — Pobres mujeres!

BOL. — Esta noche estará de mal ceño: tanto peor, porque mi humor es escelente.

URD. — Pero si la señora estuviese en ascuas no le faltaría razon. V. E. ha floreado mas de lo regular a esa chica. Apostemos a que V. E. se ha picado de la muchacha. . .

BOL. — No mucho; pero alguna aficion le he cobrado: me parece mui linda. Qué se ha de hacer, Jeneral: la vida de un hombre de Estado es un verdadero tomo

en folio i en prosa. Cuando se gobierna no se vive, o al ménos se vive mui pro-saicamente; i es preciso rimar de tiempo en tiempo para espantar el mal humor. Al baile no se viene a meditar.

URD. — Es verdad, señor.

BOL. — Se viene a reir, a galantear.... en fin a hacer algo que ajite el corazon en el placer. I sobre todo, cuando se han batido los batallones españoles en Carabobo i Junin, no deja de tenerse algun derecho para tratar de rendir compañías de españolitas bellas, como esa chica que hemos visto en el salon. Si me vol-viese a encontrar con ella....

URD. — Vaya que V. E. lo toma a pechos.

BOL. — Algo daría por cojerla entre las manos. Pero vamos a otra cosa.

URD. — Como quiera V. E.

BOL. — Ha visto U. algo de estraño?

URD. — Estraño? no por cierto.

BOL. — Alguna cosa que pueda inquietarnos..

URD. — A fe mía que no he visto cosa de inquietar, sino es la chica de que hablaba V. E. He visto moros i judios, griegos i troyanos.... en fin, máscaras i disfraces. Pero allí viene del salon el edecan de V. E., quien podrá decirnos algo.

ESCENA 7.^a

DICHOS i EL CORONEL BOLIVAR.

BOL. — Qué hai, Coronel?

COR. — Que estoi a las órdenes de V. E.--Bue-nas noches, Jeneral Urdaneta.

URD. — Salud, Coronel.

BOL. — I bien, qué nos trae U. de nuevo?

COR. — Señor, mis sospechas adquieren fuerza.

BOL. — Cómo! sería posible? Explíquese U.

COR. — Ya he dicho a V. E. . . .

BOL. — Sí; pero eso que me ha dicho U. de su aventura con Azuero i Várgas Tejada, de sus sospechas relativas a Orment, i de las reuniones nocturnas en su casa. . . . es demasiado vago.

COR. — Pero ha reparado V. E. en algunos marinos que se cruzan por el salon i hablan misteriosamente?

BOL. — Nada hai en eso de extraño: el baile es de máscaras i

COR. — I ha reparado V. E. en uno de esos marinos, que constantemente ha seguido de cerca a V. E. en el baile?

BOL. — Toma! creo que sí.

URD. — Pero quién puede ser esa máscara?

COR. — Sospecho que sea. . . .

BOL. — Quién?

COR. — Orment!

URD. — Eso es un poco grave.

COR. — He contado mas de doce de esos marinos, i todos se distinguen por su uniformidad. (*Aparece Orment, saliendo con cautela del salon i destizándose ácia la parte oscura del corredor de la izquierda*).

BOL. — I bien: qué ha sospechado U. Coronel?

COR. — He creído conocer entre esos marinos a tres hombres peligrosos.

URD. — A quienes?

COR. — A Carujo, Azuero i Várgas Tejada, sin contar a Orment.

ORM. — (I no miente el perillan!)

BOL. — Pero eso nada prueba.

COR. — Repito a V. E. que mis sospechas van adquiriendo fundamento.

BOL. — I cuál es el temor de U?

COR. — Temo una conspiracion.

BOL. — Pero de qué especie pudiera ser?

URD. — V. E. ha leído la historia de César.

BOL. — Es verdad.

URD. — I en esa historia figura Bruto como autor principal.

BOL. — I quién sería el César de Colombia en ese drama! Acaso el vencedor de Junin? Oh! esto es una quimera! . . . Pero parece que viene jente ácia aquí: vamos a la galería del medio i hablaremos sin testigos.

URD. — Como quiera V. E. (*Vanse por la derecha, i Orment atraviesa el escenario detras de ellos.*)

ORM. — Empiezan a sospechar: esto se complica. Seguiré sus pasos; pero acaso no les alcance el tiempo para ver confirmados sus temores. Sea como fuere, prudencia, resolucion i paciencia. (*Vase por el mismo corredor que Bolívar.*)

ESCENA 8.*

AZUERO i VARGAS TEJADA (saliendo del salon).

VAR. — I bien! no te parece que no anda mui bien el asunto?

AZU. — Creo que tardamos demasiado, i Guerra nos hace impacientar.

VAR. — Aun no he visto a Orment, i faltan muchos de los compañeros. Apénas he contado 16, cuando debemos estar aquí treinta i cinco.

AZU. — Piensas que tengamos algun contra-tiempo?

VAR. — Creerás que....

AZU. — Qué?

VAR. — Tengo miedo!

AZU. — Miedo! Serias acaso tan débil que retrocedieses delante del peligro? Seria posible que el republicano Várgas Tejada, tan amante de su patria i de la libertad, temblase a la vista del tirano de Colombia, en el momento en que va a desplomarse el poder de la dictadura?

VAR. — Celestino! Un hombre de bien puede resistir mucho el entrar en una conspiracion; pero despues que se ha resuelto a jugar su porvenir, su tranquilidad i su vida, es un vil i cobarde si no sigue adelante hasta dar con el corazon del tirano, o estrellarse contra las gradas del caldoso!

AZU. — Eso es hermoso! Yo pienso lo mismo.

VAR. — Tengo miedo, es verdad; pero es por la patria, por María, por tí, por mi buena madre que lloraría mi muerte en la desesperacion, si llegásemos a sucumbir!...

AZU. — Luis, cuán hermosa es tu alma! Hasta en presencia del peligro i de la tempestad tienes corazon de poeta i alma jenerosa. Bien: eso es digno de tí.... dame tu mano, porque ella pertenece a la cria-

tura mas espiritual i noble que conozco.
(*Le estrecha la mano.*)

VAR. — Oh! gracias excelente amigo!

AZU. — Luis, hagamos un voto solemne....

VAR. — El que quieras: estoi dispuesto.

AZU. — En presencia del peligro que nos amenaza, juremos que quien se salve de él será el defensor constante del honor del otro, así como de las personas que amamos!

VAR. — Lo juro por Dios i por el nombre de mi madre!

AZU. — Yo lo juro tambien por las glorias de mi patria i por el amor de Matilde!

VAR. — Ahora, dime francamente, tienes esperanzas?

AZU. — La esperanza jamas abandona al hombre de bien! Espero en el destino de nuestra patria.... Espero en el triunfo, i todo me hace presajiar la libertad de Colombia! No has visto al ambicioso dictador vagar, enorgullecido i confiado, por el salon?

VAR. — Es que los hombres grandes creen que su estrella no se eclipsa jamas.

AZU. — Pues bien; su misma confianza le ha puesto en nuestras manos. El nada teme; porque hallando hoi donde quiera aduladores i palaciegos que le rinden alabanzas, no sabe que en medio del sueño de la patria hai centinelas que, velando por su salvacion, requieren el puñal i cavan entre la algazara frenética de un baile el sepulcro de la tiranía.

VAR. — Ah! yo como tú, siento que se ajita una tempestad en mi corazón, i que mi sangre hierve como las entrañas de un volcán... Al del que no haya sentido el delirio del amor patrio, porque ese es incapaz de sentir en el alma palpitaciones jenerosas!

AZU. — Luis, modera un poco tu acento: mira que pueden oírnos i nos perdemos.

VAR. — Oh! quien pudiera arrebatara a Orment su mision destructora, pero de redencion! Debe de ser tan bello ver caer a los piés, sin aliento, sin poder ni animacion, al tirano de su patria...! Cuán terrible poesia debe de haber en un momento de semejante solemnidad!

AZU. — No: tú no eres adecuado para desempeñar en este drama sangriento el tremendo papel que le ha tocado a Orment. El será el jenio de la destruccion... tú debes ser el de la filosofia, el de la resurreccion de la libertad!

VAR. — Es cierto... no es el puñal el instrumento que Dios ha destinado para mi mano! Pero yo mismo ignoraba que tengo corazón de poeta, i que las almas ardientes odian con la misma vehemencia con que saben amar!

AZU. — Caro amigo... te reconozco en ese vigor de espíritu, en esa enerjía que arrastra al hombre hasta la temeridad! Yo tambien siento latir el corazón de rabia, porque hai en las esplosiones del patriotismo i de los grandes sentimientos,

un no sé qué de tempestuoso i terrible que produce vértigos. Yo, como tú, siento la cólera en el pecho, porque veo la necesidad de que la juventud sea la vengadora de los ultrajes hechos a Colombia por esa turba decrepita de absolutistas que rodea al usurpador de nuestras libertades!

VAR. — Es verdad! La juventud debe pedir cuenta a los apóstatas de la República de lo que han hecho de las glorias de la patria! Sí; ella debe preguntarles dónde están nuestra civilización, nuestra riqueza i prosperidad, i qué ha sido de la Constitución i las leyes de esta República grandiosa, en cuyo nombre insultaba el elocuente Zea el orgullo nacional de las gastadas monarquías de Europa!...

AZU. — Todo ha perecido!

VAR. — No hai que dudarlo! la libertad ha muerto aquí, - porque hija de Dios, ella ha tenido su martirio como su padre inmortal!

AZU. — Ah! nuestras leyes han sido holladas! Los que aman la libertad se ven por donde quiera perseguidos....

VAR. — I cuál puede ser el castigo del magistrado que, olvidando sus deberes, su mision i su oríjen popular, atropella la Constitución! Ese castigo debe ser terrible como el mal causado; porque despues del ultraje hecho a la Divinidad, no no hai uno tan grande como el que se hace a la soberanía, que es el Evangelio político del pueblo!

AZU. — ¡ el pueblo nos ayudará ; porque al rodar la cabeza de Bolívar como un grande escorbuto del edificio del absolutismo, no es posible que Colombia permanezca indiferente a sus destinos. Sí ; el pueblo se levantará ; pero sobre todo, esa juventud ardiente i jenerosa que vive solo para la patria, i que se entusiasma al oír el nombre magnético de libertad !

VAR. — Pero dónde está Orment ! Qué se ha hecho, que no viene a lanzar el primer brándis en el festin en que Colombia debe arrojar gritos de placer ante el féretro de la tiranía !

AZU. — Ven a buscarle, i no le perdamos de vista. Al baile !

VAR. — Sí, al baile ! al baile ! (*Van a entrar al salon i los detiene una mujer disfrazada.*)

ESCENA 9.ª

DICHOS i LA MASCARA.

MASC. — (*hablando a Várgas al oído.*) Me conoce U ?

VAR. — No por cierto ; ni tengo interes.

MASC. — Si U. supiera quien soi Tengo que hablar a U. dos palabras.

VAR. — Vamos ; pero que sea pronto.

AZU. — (*a Várgas*) Qué vendrá a decir ese mueble misterioso ?

VAR. — (*a Azuero.*) Qué sé yo ! Quizá estamos en un *qui pro quo* de máscaras.

MASC. — Querría que solo U. oyese

VAR. — (*a Azuero.*) No hai duda ; es algun

chasco amoroso. Me pide una audiencia privada: tendrías la bondad de....

AZU. — Te comprendo: me retiro, pero no te pierdo de vista. Desconfía mucho de esa máscara. (*Se retira ácia la izquierda; la máscara le observa, i viéndole alejarse, continúa.*)

MASC. — Ha visto U. a María?

VAR. — (*con sorpresa*) a María?

MASC. — (El es: no me engañaba!)

VAR. — (Qué vendrá a decirme esta mujer?)

MASC. — Sí, María.... la amante de....

VAR. — No la conozco. (*Disimulemos*). U. se ha equivocado; no soi el que U. busca. (*hace ademán de irse.*)

MASC. — Le aseguro a U. que sí la conoce. Quiere U. apostar?

VAR. — No apuesto jamás, señora,

MASC. — I si yo le conociera a U?

VAR. — Es imposible.

MASC. — Es....

VAR. — Quién?

MASC. — Luis Várgas Tejada, i el compañero de U, Pedro Celestino Azuero.

VAR. — Se ha equivocado U. de lleno, Señora: ni el uno ni el otro. (Me ha conocido en mala hora: quién será esta mujer?)

MASC. — Qué decía U? caballero.

VAR. — Nada: que no soi Várgas Tejada. Creo haberle visto en el salón, vestido de turco.

MASC. — Quiere U. descubrirse? Me daría U. un placer. (*Azuero se acerca con cautela i observa a la máscara.*)

VAR. — He traído careta para estar, como todos, de incógnito....

MASC. — No me conoce U., al fin?

VAR. — No tal; ni me urge saber....

AZU. — (Qué misterio hai aquí!.... Creo distinguir las facciones de....)

MASC. — ¡ si yo le suplicase a U. que se descubriese?

VAR. — Pues.... perdería U. el tiempo.

AZU. — (*acercándose a Várgas.*) Cuidado, Luis, que estás junto a una serpiente! Aquí hai alguna asechanza. Esa mujer....

VAR. — Qué?

AZU. — No la has conocido?

MASC. — (El compañero ha vuelto....)

VAR. — No.

AZU. — Es Manuela Sáenz!

VAR. — (*a la máscara.*) Acabemos, Señora! Qué quiere U. de mí? Hable U. sin rodeos ni misterios!

MASC. — Quería referir a U. una escena amorosa que acaba de ocurrir en el salón, entre el Libertador Bolívar i una española.... esa jóven de quien hablaba a U. Pero, supuesto que U. no la conoce....

VAR. — Hable U. Señora, o cometeré la indignidad de arrancarle la careta!

MASC. — Hola! conque le interesa a U. la muchacha?....

VAR. — Señora, se acaba la paciencia!

MASC. — No quiero lastimar su sensibilidad, refiriendo a U. toda la escena. He sido testigo de ella; pero me retiré para no escuchar los galanteos del Libertador,

córrispondidos por la linda novia de Várgas Tejada....

VAR. — (Qué mujer tan infame es esta!)

AZU. — (a Várgas.) Mira que te descubres!

VAR. — Pero.... eso que U. dice es una mentira. La novia de Várgas Tejada es incapaz....

AZU. — (a Várgas.) Prudencia! (*Se retira lentamente hasta colocarse detras de la máscara.*)

MASC. — Con que la interesa a U. María?

VAR. — Silencio máscara! Te conozco i te compadezco!

MASC. — A mí?

VAR. — Sí; mil veces!

MASC. — Lo dudo mucho (*con burla.*) Quiere U. bailar la primera contradanza? (Es necesario irritarlo.)

VAR. — No sé bailar: me voi a las galerías.

MASC. — Es verdad: U. tiene el espíritu dispuesto para cosas mas elevadas. Calla! i qué guapo marino me parece U: la marina ha venido a inundar el Coliseo. Colejaladas... ¿ no es así? Pero... me guardará U. rencor?

VAR. — Yo no guardo jamas rencor a las mujeres. Cuando una mujer insulta a un hombre de honor, no debe odiarla ni castigarla. Se la perdona o se la tiene compasion.

MASC. — Compasion! Pobre jóven iluso, a quien puedo hacer cuanto mal quiera! Ya veremos cuál de los dos será el compadecido.

VAR. — Acepto el desafío, Manuela Sáenz, favorita del Dictador!....

MASC. — ¡Quién ha dicho a U. que soi la favorita!

AZU. — (*quitándole por detras la careta*) Yo, mujer abominable!

MASC. — Oh!

VAR. — (*a Azuero.*) Vamos a hacer salir del baile a Matilde i María. (*Vanse para el salon.*)

ESCENA 10.^a

MANUELA SAENZ.

Qué insolencia! arrancar así la careta a la mujer que puede mas en Colombia! Yo me vengaré de este ultraje! Pobre jóven insensato... Su estrella le ha conducido a provocar mi odio. Ah! no sabe el desdichado cuán terrible es el imperio del amor propio reflejado en los celos! Su cetro de hierro abrumba el corazon i le conduce, a su pesar, al vicio.... El Libertador me ha desdeñado esta noche, i yo he sido el ludibrio de mis envidiosas. María! María! bien cara pagarás la dicha de haber brillado, miétras que yo sufría la humillacion! Várgas Tejada.... eres dichoso con el dulce amor de tu María, i tienes bastante jénio para inspirar temores a un Dictador!.... Pero eres acaso conspirador, si mis sospechas no me engañan, i la cólera de una mujer puede empujar a un hombre hasta el cadalso!

María, eres hermosa i amada, i eso es bastante para merecer el odio de una mujer altiva i orgullosa.... Yo abriré entre los dos un abismo!.... Yo, apesar de todo, salvaré a Bolívar i haré sucumbir a sus enemigos! (*Vase por la puerta que da salida a la calle.*)

ESCENA II.

EL DICTADOR, URDANETA I EL CORONEL
BOLIVAR.

(*Aparecen por el corredor que habian seguido.*)

BOL. — Eso es imposible, Coronel:

COR. — Repito a V. E. que mis sospechas se confirman. El número de los que llevan una cinta roja en el brazo izquierdo, se aumenta considerablemente.

BOL. — Sin embargo, eso nada prueba....

COR. — Para mí sí prueba mucho. Temo una conspiracion, i tal vez el asesinato de V. E.

BOL. — Asesinarme! a mí, vive Dios!

COR. — No es imposible que lo intenten.

BOL. — No! No calumnies U. a los colombianos! Habría acaso quien quisiera matar al Libertador de Colombia, al que ha conducido los batallones americanos por entre barreras de cañones i torbellinos de sangre para arrancar al cetro de Fernando sétimo la independendencia del nuevo mundo? Oh! eso es imposible! nadie puede pensar en matarme!

URD. — Recuerde V. E. que el vencedor de Marengo i Austerlitz tuvo enemigos que buscaron su muerte. Qué tendría, pues, de extraño que el vencedor de Junin los tuviese iguales? Los grandes hombres tienen enemigos implacables.

BOL. — Pero jamas los envidiosos pueden empañar la gloria de los grandes hombres: ¡no se les debe temer.

URD. — En todo caso, nada aventuraría V. E. con ser algo prudente.

BOL. — Pero quiénes son mis enemigos! reptiles impotentes, a los cuales no alcanzo a ver en su pequeñez, pero que puedo convertir en polvo cuando quiera! Mi voluntad lo es todo aquí!

URD. — Es verdad; pero....

BOL. — Que vengan mis audaces enemigos a buscarme, i sabrán que el corazon de Bolívar es demasiado fuerte para que pueda caberle la punta del puñal de Junio Bruto!....

COR. — Creo, sinembargo, que V. E....

BOL. — Nada temo de mis rabiosos enemigos! El águila de los Andes tambien los tiene: ¿i por ventura, dejaría ella de levantar su vuelo por miedo a los cernícalos, cuando puede remontarse hasta arriba de las nubes? Oh! déjenme ustedes divertir, i no me hablen de asesinatos ni conspiraciones.

COR. — Al contrario, Señor: ruego a V. E. se retire del baile. Yo desconfio de esos marinos: V. E. no hace caso de ellos;

pero nada se aventura con alejarse de aquí.

URD. — Soi de la misma opinion. Quiere V.E. que nos vamos a palacio ?

BOL. — Sca como ustedes quieren. Vamos; mañana trataremos de este asunto; i si las sospechas se confirman.... ai del que conspire contra mí! Coronel, U. volverá a observar lo que haya por aquí i me avisará. Mi guardia estará lista en la puerta del palacio.

COR. — Se hará como V. E. ordena.

BOL. — Vamos, pues, a palacio. (*Vanse por la puerta que tomó la favorita*).

ESCENA 12.^a

ORMENT (saliendo del salon.)

Es bien extraño lo que pasa: busco por todas partes al dictador, i no le encuentro. Cuando le seguí por ese corredor, oí algunas palabras que me helaron el corazón. Le sigo a la galería, vuelvo a bajar, i creyendo tomar la delantera, entro por la portezuela de la izquierda i no le veo en el salon.... No hai que dudarle.... él sospecha, merced a ese edecan abominable que me persigue i espía por todas partes! Pero... todo ha marchado tan bien.... Si habrá dejado el Coliseo! Oh! pero yo le buscaré.... La suerte está echada i no es tiempo de volver atras. (*Salen del salon precipitadamente Azuero i Várgas Tejada.*)

ESCENA 13.ª

ORMENT, AZUERO I VARGAS TEJADA.

AZU. — Orment?

ORM. — Qué hai?

AZU. — Dónde está Bolívar?

ORM. — Le estoi buscando.

VAR. — Cómo!

ORM. — Se me ha perdido de entre las manos :
no está en el salon?

AZU. — No!

VAR. — Estamos descubiertos!

ORM. — ¿Por qué?

VAR. — Hace algunos minutos que Manuela Sáenz, ántes de dejar el salon, se acercó a María i le dijo al oido : “Diga U. a su amante que no conspire, porque detras de la conspiracion está el cadalso!”

AZU. — Talvez estamos perdidos....

ORM. — Creo que Bolívar sospecha apénas: sin embargo, es necesario dar el golpe al instante.

AZU. — I a quién si Bolívar se ha ido?

ORM. — Entónecs es preciso salir!

VAR. — Oh, maldicion!

AZU. — I Zuláivar que tarda tanto!....

ORM. — I yo que contaba de seguro con el éxito!
.... Oh rabia!

AZU. — Empiezo a temer que el Coronel Guerra no haya obtenido los resultados que esperábamos.

VAR. — Yo empiezo a desesperar!

ORM. — Yo reviento de cólera.... Qué hacer?

AZU. — Esperar a Zuláivar. (*Se oyen pasos afuera.*)

VAR. — Silencio! alguno viene.

ORM. — En efecto: siento pasos. Si fuese Zuláivar.... Cubrámonos (*Se ponen las caretas.*)

ESCENA 14.*

DICHOS I ZULAIVAR.

ZUL. — (*entrando*) Dónde está Orment?

ORM. — Zuláivar! (*se descubren todos.*)

AZU. — Qué hai? Se da el golpe? está todo listo?

ZUL. — Por ahora está todo perdido! Es preciso salir de aquí al instante para evitar una sorpresa, o al ménos las sospechas.

ORM. — Todo perdido! maldicion! Pero eso es imposible!

AZU. — Pero en fin, qué ha sucedido? Cuáles son los obstáculos? Acaso estamos perdiendo preciosos instantes.

ZUL. — Repito que es imposible. El Coronel Guerra i Carujo me dicen que no hai que contar esta noche con toda la Artillería, i que no es posible poner a Padilla en libertad. Además, acabo de encontrar al Capitan Triana que ha estado en observacion en la esquina del palacio. El Dictador ha entrado, mui ajitado, con Urdañeta, i se ha colocado una doble guardia en la puerta.

ORM. — Con que no hai esperanza! I yo que le

buscaba con empeño....Miserable de mí!

VAR. — Entónces salgamos al instante!

EL CORONEL BOLIVAR— (*entrando, i cruzando el escenario ácia el salon*). Vaya que la marina está en consejo. Esto va bien: pero al mejor cazador se le va la liebre. (*se entra al salon*).

ORM. — El Coronel Bolívar!

VAR. — Este hombre nos persigue como una sombra!....

ORM. — (*volviéndose ácia el salon*). Ah, miserable esbirro de la tiranía.... yo juro que si mis esperanzas no sucumben, tú serás el primero en el castigo!

VAR. — Salgamos!

ORM. — Sí, salgamos; porque si llegan a registrarnos, hallarán nuestros puñales i somos perdidos.

AZU. — Maldita esperanza burlada!

ZUL. — Aun no estamos en derrota, i solo necesitamos de perseverancia.

ORM. — Sí, es verdad! Séamos patriotas en todo i no desesperemos de la fortuna. Perseverancia i discrecion necesitamos ahora mas que nunca.... Aun no estamos vencidos, i es preciso esperar la victoria.

AZU. — Salgamos, pues!

ZUL. — Demos la señal de retirada a los compañeros que esperan en el salon.... (*da cuatro palmadas fuertes*).

ORM. — Esperemos, i al fin triunfaremos: Colombia pide tu cabeza, Simon Bolívar! Yo se la arrojaré al pueblo para que su carcajada sangrienta sea la música fune- raria que te acompañe a la tumba. . . . No olvides que la rueda de la fortuna da muchas vueltas. . . i ; ai de tí si llegas a dormirte en las gradas de tu ridículo trono, porque no despertarás! Sí, porque yo, amante de la libertad, aunque estran- jero en Colombia, te perseguiré sin des- canso ni vacilacion, hasta dar en tu co- razon con mi puñal, o precipitarme de bruces sobre el sangriento cadalso de los conspiradores!

FIN DEL ACTO 2.º

ACTO 3.º

Decoracion de una sala modestamente amueblada—Puerta a la derecha i la izquierda—Un escritorio i un estante de libros en el centro.

ESCENA 1.ª

VARGAS TEJADA (sentado junto al escritorio).

Esperanzas de gloria.... efímeras como los resplandores de la aurora i la frescura de las flores!.... dejadme en paz, i no me atormentéis como fantasmas engañosos!... Cuán hermoso es el cielo a cuya luz se forjan los fantásticos ensueños de un porvenir glorioso! Oh, santa poesía!.... ámbar que perfumas los corazones sensibles; paraíso de los hombres espirituales.... cielo oriental de las almas pensadoras.... Tú has hecho descender sobre mí la ardiente inspiracion para anunciarme laureles, triunfos i placeres... Sí, yo sé que como un arcánjel misterioso bajas de lo alto del cielo para pòsarte en el corazon del hombre, inspirándole cantos hechiceros.... Cuán bello es haber nacido poeta en el corazon de Colombia para cantar sus tempestades, sus hirvientes cataratas, sus torréntes, los resplandores de los volcanes, las frentes plateadas de las córdilleras, los misterios de las selvas, la brisa perfuma-

da, i las grandezas i victorias de los héroes colombianos! Cuántas veces he levantado aquí mis cantos inspirados por el ángel de la melancolía! . . . I sin embargo, tal vez mañana no me sentaré bajo este techo, ni resonará mi voz arrebatada por el vértigo de la gloria! Pero es imposible ya volver atrás. . . . Es preciso dejar de ser ángel para ser demonio; olvidar a David i a Homero para pensar en Judit i Junio Bruto. . . . Bien! (*se levanta*), reposa, pluma incansable que tantas veces has trazado el cuadro de las tempestades de mi corazón i los paraísos de mi fantasía. . . . Descansa, peñola valiente destinada tal vez a ser el orgullo de Colombia. . . . Yo te abandono para trocarte por el puñal del revolucionario. . . . Anjel de la poesía, vete que ya no soi poeta! Deja tu lugar a Luzbel que es el Dios de los conspiradores! (*baja un puñal colgado en la pared*). Ven a tu puesto. . . . (*lo guarda en el pecho*). Esta noche me servirás de laud. . . . (*saca un par de pistolas del cajon de la mesa*). Estas serán mis musas inspiradoras: ya no serán Melpómene i Talia; pero serán Tisífone i Mejera! (*tocan a la puerta de la derecha*).
—Quién va?

De afuera — Luis, estás ahí?

VAR. — Es la voz de María! Oh! qué amarga felicidad en tan terrible momento! (*abre la puerta i aparece María cubierta con un velo negro*).

ESCENA 2.^a

VARGAS TEJADA I MARIA.

VAR. — Tú en mi casa, María!

MAR. — Es mui extraño, es verdad. Pero me atormentaba tanto el no verte

VAR. — Hechicera María, cuánta bondad!

MAR. — He sufrido tanto!

VAR. — Tú sufriendo. . . . ¡ por qué? . . . Pero tu semblante está alterado Cuál puede ser la causa de esa palidez que veo en tus mejillas ¡ aflige mi corazón? Qué tienes? Por qué has venido a buscarme? Sin duda te sucede algo extraordinario

MAR. — Es cierto, ¡ debes mirar con extrañeza mi presencia en tu habitación: lo comprendo. Pero horribles presentimientos atormentan mi espíritu, ¡ no he podido resistir al deseo de verte. Se los he comunicado a mi madre, ¡ por mis súplicas ha consentido en que viniese con dos sirvientas.

VAR. — Gracias por tanta solicitud, querida mía. Pero cuáles son esos presentimientos ¡ temores? . . . Cuéntame tus pesares ¡ los calmaré.

MAR. — He sabido esta tarde que te envían a los Estados Unidos en la Legación del Jeneral Santander. Serías tan ingrato que me dejases llorando tu ausencia? Luis, dime la verdad, por amarga que sea.

VAR. — Es verdad que el Dictador tiene empeño en alejarme del país, so pretexto de unirme a la Legacion del Jeneral Santander. Creo que en palacio se ajita una intriga miserable contra mí, María.... El Dictador quiere desterrar a un republicano que le estorba.

MAR. — Sería posible? Pero entónces, me dejarán sin tu amor?....

VAR. — No, adorable María! Nuestro destino está enlazado para siempre!

MAR. — ¿Luego no te irás?

VAR. — Te lo juro.

MAR. — Bien: gracias.... mil gracias, mi Luis! Pero aun tengo un presentimiento mas triste... una sombría sospecha que me espanta....

VAR. — Cuál?

MAR. — Debes saber que esta tarde ha circulado el rumor de haberse descubierto una conspiracion, por causa del capitán Triana.

VAR. — ¡ Bien!

MAR. — Yo sospecho que tú has entrado en ella, i de aquí nacen mis crueles angustias.

VAR. — ¿Quién tó ha hecho pensar eso!

MAR. — Oh! hablas de un modo tan extraño.... Dime la verdad.... dime que no eres conspirador....

VAR. — Si lo fuera, qué razon habría para abrigar temores?....

MAR. — ¡ No sabes que despues de la palabra conspiracion los tiranos han pronunciado

siempre otra mas terrible, sangrienta i espantosa?

VAR. — Cuál?

MAR. — No lo sabes? Es....

VAR. — (*estremeciéndose*) El cadalso!! Sí, es verdad....Creo que es el acto final del drama de una conspiracion.... cuando ella sucumbe! Pero, oyéme, ángel mio: yo no soi conspirador.

MAR. — Es cierto? Con que no estás comprometido? Repítame esa protesta.

VAR. — No; no lo estoi. (Es la primera vez que miento!)

MAR. — Ah! tú me engañas, Luis....

VAR. — I por qué te habría de engañar?

MAR. — Sí, tienes razon: yo estoi loca. Perdóname, Luis.

VAR. — (Pobre María!) (*a María*) Creeme, adorable María.... yo no vivo sino para tí: yo no pienso en conspiraciones.

MAR. — Ah! tu amor es mi felicidad, mi porvenir, mi orgullo!

VAR. — María.... cuán dulce es amar i ser amado, i recordar uno sus amores! Escucha, amiga mia, la historia de este amor escondido en mi corazon melancólico, semejante al lirio que crece sobre una sepultura.... Yo era un trovador errante en la peregrinacion de la vida, i los dias de mi juventud pasaban, sin embargo, indiferentes, sin ruido, impregnados del lento veneno de la melancolía... Pero luego te ví.... i como eras tan bella, i era tu alma tan casta, i tu cora-

zon latía como el mío, i nos amamos con deleite profundo, tú fuiste el cielo de mis esperanzas, el paraíso de mis alegrías. . . . tú el arcánjel de mi fé, la maga misteriosa que pulsaba los alambres de mi arpa soñadora, embriagándolos con tu aliento en las supremas armonías de la bendita inspiración del amor.

MAR. — Oh! cuánta felicidad para mí hai en ese dulcísimo lenguaje, tan deliciosamente melancólico!

VAR. — Ah! Yo cantaba ántes como el pájaro de la selva en las noches silenciosas, dando el acento de la amargura a las cuerdas de mi arpa solitaria. . . . Pero entonces no habia un corazón de ánjel que tuviese el poder de hacerme conocer la esperanza. . . .

MAR. — Yo te di esperanza, no es cierto? Yo te hice amar la vida?

VAR. — Sí, bien mío. . . . Entonces, yo era un viajero sin rumbo conocido. Pero llegó un día en que viendo entreabrirse el cielo centellante del amor, sembrado de flores, descendiste sobre mi camino como un ánjel, como la gota de rocío, para humedecer mi palpitante corazón. . . . He aquí mis recuerdos, deliciosa María, rosa oriental del paraíso de mis inspiraciones. . . .

MAR. — Oh! tu acento llega a mi corazón vibrando como un laud, i lo hace estremecer de gozo. . . .

VAR. — María. . . . viviente inspiración de mi

alma! Tú has sido la estrella mas pura de mi cielo de poeta.... Cuánto he soñado por tí.... cuánto te amo!

MAR. — ¡ Cuánta embriaguez para una mujer! Hacer latir enamorado el corazon de un hombre de jénio, es el mayor orgullo, es el supremo bien a que puede aspirar una mujer sobre la tierra!....

VAR. — Ah! jentil María.... mis sueños han sido mui hermosos!

MAR. — Yo tambien he soñado como tú, i he saboreado esos hondos placeres que no conocen las mujeres vulgares. El amor, con todo su espiritualismo, con toda su poesía, es la pasion que engrandece a la criatura humana i la hace semejante a Dios.... El amor es la virtud, es el cielo con todos sus resplandores; porque si hai en el seno del Creador un cielo para las almas jenerosas, hai tambien en el amor i la virtud un paraíso para los corazones sensibles....

VAR. — Bien! (*le estrecha la mano*), así te quiero mas! Así quisiera yo que hablaran todas las mujeres!

MAR. — Oh! no ceses de hablar.... tu acento me enajena!

VAR. — Hai momentos, querida mia, en que el alma se recoje dentro de sí misma, i el corazon se comprime para gozar él solo, sin dejar escapar casi una palpitacion, temeroso de que otro corazon le robe un átomo siquiera de felicidad i venga a turbar sus embelesos. Es que la felici-

dad hace egoísta al hombre hasta hacerle aspirar al monopolio del placer....

MAR. — Sí, es verdad.

VAR. — Por eso, yo he vivido solo contigo, solo con tu amor i tu nombre, olvidándome de mí mismo. Tú has sido el alma de mi pensamiento, el fuego de mis pupilas; tu imájen, grabada en mí, la llama que ha calentado mi corazón; i sintiendo tu sér dentro del mio, he creído que tu aliento era el mismo que yo exhalaba..... María, tú lo has dicho: si Dios ha creado un cielo para los hombres en la tierra, ese cielo es el amor.... Si ha creado un infierno también, ese infierno está en la desgracia de aborrecer! (I sin embargo, ese cielo se va a oscurecer ante mis ojos!)

MAR. — Parece que estás turbado.... te veo palidecer.... qué tienes?

VAR. — Nada, querida mía: la emoción del placer....

MAR. — Tú me ocultas algo: Luis, sé franco.

VAR. — No, María, nada te oculto.

MAR. — Entónces me voi tranquila. Ya es tiempo de retirarme, porque mi madre estará impaciente.

VAR. — ¡ Te vas?

MAR. — Sí, es preciso: adios!

VAR. — Adios, a dorable criatura! Cuando reces, pídele al cielo por tu amante! (*la abraza*).

MAR. — Siempre lo hago así. Tu nombre suena con el de Dios en todas mis oraciones. Hasta mañana: que el cielo te guarde, Luis.

VAR. — Adios, María! adios.... (*María va a salir, i fijando la vista en un rincon de la sala, retrocede espantada*).

MAR. — Oh! no me engañaba! (*se cubre la cara con las manos*).

VAR. — Qué tienes? por qué hablas así, María?

MAR. — Qué significan esos fusiles i espadas que están en aquel rincon?

VAR. — (Oh! todo lo va a saber!)

MAR. — Luis, no me respondes? Qué significan esas armas?....

VAR. — Yo... no sé...

MAR. — Con que será cierto! Luis, tú conspiras i me lo has negado.... Qué horrible realidad! (*llora*).

VAR. — María, enjuga ese llanto que me envenena el corazon! (*le toma la mano*).

MAR. — Pero dime la verdad, por terrible que ella sea!

VAR. — Pues bien! yo no sé mentir... tú lo quieres saber ... sea! María, un republicano jamas dice mentira... Soi conspirador!

MAR. — Dios mio! (*llora aterrada*).

VAR. — Esto es horrible para tí.... no es cierto? Pero tú has querido saberlo!

MAR. — I no hai remedio ya? Ah! desecha esa conspiracion.... yo te lo suplico! Yo, María, tu amante, la que será tu esposa un dia.....

VAR. — Es imposible!

MAR. — Cómo imposible! i por qué?

VAR. — Porque mi palabra está comprometida, i me tendrían por un cobarde si abando-

nara la empresa en el momento del peligro.

MAR. — Ah! (*llora*). Dices que te llamarían cobarde?

VAR. — Sí, cobarde i mal ciudadano.

MAR. — Entónces, sigue adelante! Una mujer altiva jamas puede amar a los cobardes! Yo te amo, pero con honor i sin man-cilla alguna! Conspira, puesto que no hai remedio ya! La patria vale mas para un buen ciudadano que el amor de una mujer, i tú serias indigno del mio, si dejases de ser buen ciudadano! El que ama a una mujer, no es mas que un hombre; pero aquel que sacrifica a su amante por la patria, es mas que un hombre,— es un héroe!

VAR. — Mujer valerosa . . . tienes corazon de colombiana!—Bien se conoce que naciste en el suelo regado con la sangre de Policarpa Salabarrieta, la heroína inmortal! Desde hoi te amo mas que nunca! Mujer encantadora, te amaba: colombiana jenerosa, te admiro!

MAR. — Sí, vete a buscar la gloria sobre el cadáver de la tiranía! Luis, poeta enamorado, te quería con ternura: ciudadano patriota, te adoro como un ángel! Adios! él proteja tu causa. . . .

VAR. — (*abrazándola*) Mujer hechicera! ruega al cielo por tu amante! (*vase María*).

ESCENA 3.ª

VARGAS TEJADA.

Pobre María!... tesoro inagotable de ternura.... Tal vez me perderá! Cuán pocas mujeres hai que, comprendiendo la grandeza del amor, sean capaces de animar a sus amantes a lanzarse en el peligro para salvarse del oprobio! Una mujer egoista i vulgar, me habria dicho—"conságrame tu vida: olvida la patria por mi amor." Oh! cuántas transiciones!... Ayer era yo un poeta, un amante; hoi no soi sino un conspirador! He cambiado el arpa de los bardos por el fusil del revolucionario; el amor por el peligro; la mujer por la patria! la felicidad.... quizá por el cadalso! Sea; he cumplido mi deber como buen ciudadano. Colombia es la tierra clásica del heroísmo, i yo he querido merecer el nombre glorioso de Colombiano. La suerte está echada, i solo Dios sabe mi destino. Pobre María!... Resignémonos a todo! (*Se oyen pasos afuera*). Alguno llega; véamos quién es.... (*se dirige ácia la puerta*).

ESCENA 4.ª

VARGAS TEJADA I AZUERO.

VAR. — Celestino! cuánto has tardado en venir!

AZU. — Al fin, ya estoí contigo.

- VAR. — I bien, vendrán los compañeros ?
- AZU. — Sí, casi todos los jefes principales.
- VAR. — ¿ Han preso a alguno de los nuestros ?
- AZU. — No ; pero parece que nos buscan, porque sospechan de nosotros.
- VAR. — ¿ El dictador habrá tomado muchos informes de Triana ?
- AZU. — Nada sabemos : le han privado de comunicacion, i si él descubre nuestro complot somos perdidos. Pero no ! él sufrirá el tormento ántes que delatarnos !
- VAR. — ¿ I qué haremos ?
- AZU. — Obrar con presteza.
- VAR. — Han distribuido el dinero ?
- AZU. — Sí ; todo el que hemos podido reunir.
- VAR. — ¿ Tienes algunas seguridades ?
- AZU. — Tengo bastante confianza. Vamos a deliberar definitivamente sobre el plan de ataque, i es para esto que debemos reunirnos.
- VAR. — Es decir que habremos de jugar esta noche nuestra vida i la suerte de Colombia ?
- AZU. — Se entiende. Los naipes son de buena calidad, i espero que ganemos la partida.
- VAR. — Esto es mui grave. Pero sea cual fuere nuestra suerte, no recularemos ante el peligro. Las grandes almas se ensanchan i vigorizan a medida que el peligro es mayor.
- AZU. — Es verdad : solo a las almas poderosas es dado acometer atrevidas empresas. Los grandes aman lo grande, como los menguados gustan de lo pequeño.

VAR. — Pero hasta ahora nuestros proyectos han fallado todos en su ejecución, i hemos sido impotentes para luchar contra el destino salvador de Bolívar! Cuando ya contábamos con un éxito seguro, ese capitán Triana nos ha precipitado con su atolondramiento. Estamos descubiertos, i creo que, si bien debemos librar el ataque, sucumbiremos infaliblemente!

AZU. — Al contrario, el golpe es hoy mas seguro que nunca : yo espero en la victoria. Cuando un pueblo lucha contra sus opresores, tiene derecho a esperar el triunfo de su causa, puesto que hai justicia en los designios de la Providencia. La causa de un pueblo oprimido tiene por bandera la Biblia, porque la libertad es la primera palabra de la alta filosofía del Cristo. Sí, ese santo proletario de Jerusalén ha sido el primer revolucionario del mundo! Si él adoptó los medios pacíficos para lograr la conquista de los derechos del hombre, fué porque, siendo un Dios, tenia el poder de fecundar la semilla de la libertad con su sangre! Nosotros la fundaremos al resplandor de los puñales, porque impotentes ante las bayonetas de los opresores, hallamos imposibles las vias humanitarias i pacíficas. El Cristo terminó en la cruz el drama heroico de su inmortal revolucion. . . . Nosotros terminaremos en el cadalso, o sobre el cadáver palpitante de la dictadura! — Cada cual conspira como puede!

VAR. — Sea! pero cuál será el juicio de la posteridad? Vendrá sobre nosotros la maldición o el aplauso de la jeneracion que nos suceda?

AZU. — Los resultados decidirán—Si triunfamos nos aplaudirán: si sucumbimos es probable que nos maldiga la posteridad... Así es el mundo; así juzgan los hombres las acciones humanas: jamas por sus fines i su esencia; siempre por sus resultados. Si Bolívar sucumbe, nos lloverán coronas: si la libertad pereco, lloverán cadalsos!...

VAR. — En verdad que tu lójica es inflexible.

AZU. — Es la deduccion de la esperiencia. Todo lo que sale bien es bueno para los estúpidos. En las revoluciones sucede como en las cacerías: cuando se acierta el tiro se adquiere fama; cuando sale errado, es escarnecido el cazador.

VAR. —; I qué piensas tú de la moralidad de nuestra conspiracion?

AZU. — Mui escrupuloso eres.

VAR. — No tal: quiero solamente que fijemos una base.

AZU. — Entónces... dicen que los fines justifican los medios.

VAR. — Detestable principio!

AZU. — Sea; pero la verdad es que la necesidad tiene cara de lei.

VAR. — I bien...

AZU. — Aceptas la premisa?

VAR. — No es tan alarmante como la otra.

AZU. — Pues bien; la necesidad nos obliga a

conspirar con sable en mano: primero, porque no hai otro medio de salvar la libertad; i segundo, porque nuestras cabezas están en peligro. Estamos descubiertos i amenazados, i solo puede salvarnos la muerte de Bolívar.

VAR. — Es verdad!

AZU. — I el derecho de la propia conservacion exige que nos anticipemos.

VAR. — Pero el Evangelio ha dicho: si os dan un bofeton, presentad la otra mejilla.

AZU. — Es cierto; pero hai mucha diferencia de un bofeton al cadalso. Ademas, el Evangelio no habla de los casos politicos.

VAR. — Olvidaba que tienes mucha agudeza, i que en estas cuestiones me vencerás siempre.

AZU. — Bien; vamos al hecho. Son las siete i media; nuestros compañeros no tardarán en llegar, i es preciso prepararlo todo.— ¿Dónde está la lista de los conjurados?

VAR. — En mi alcoba. Voi a traerla.

AZU. — Es necesario saber cuántos somos, i distribuir los papeles.

VAR. — Tienes razon: voi a darte la lista. (*vase por la puerta de la izquierda*).

ESCENA 5.^a

AZUERO (solo).

Oh! esta es la casta morada del poeta.... El vulgo se rie de los poetas, i no sabe que ellos, remontándose hasta el cielo del jénio, no alcanzan a percibir desde

su trono la burla de los necios... Esos jénios son los profetas de la civilización, que presienten el soplo del porvenir en las solemnes armonías del arpa! — Pero veámos la biblioteca de Luis. (*se acerca al estante*). Ah!... Miguel de Cervantes, gigante de la España... salud! — Milton! ciego sublime! — Tasso! divino cantor de Jerusalem! quién tuviera tu gloria... El Dante... víctima de la tiranía, como todos los hombres de jénio! — Aquí está Homero... ese bardo del heroísmo que, sobre la cumbre del Pindo, ha cantado a todas las generaciones las glorias de su patria, i a cuyos piés han colocado una corona los jénios de muchos siglos! — Virjilio! poeta inmortal de la difunta Roma... Pero qué veo! el *Contrato Social*... Oh! Juan Jacobo Rousseau, apóstol jeneroso de la libertad! gigante misionero del Cristo!... yo te bendigo como el jénio del bien... (*se quita el sombrero*). Cuánto te debe la humanidad! Tú, con mas intrepidez que nadie, proclamaste a la faz de los déspotas de Europa la gran verdad del Evangelio i la naturaleza... la igualdad, dón de ese Sér indefinible que creó la luz, el aire, la vida, la libertad i tantas maravillas... Cuán hermoso es encontrar entre los huecos de un estante, amontonadas las cabezas vivientes de tantos jénios que han sido el orgullo de cincuenta generaciones! Todo lo mundano

perece; i ricos i nobles, emperadores i potentados, todos se han consumido en ese grande hosario del olvido preparado a la humanidad! Pero Homero, Platon i Rousseau, no han muerto ni morirán! Su pensamiento vive en las pájinas de sus libros, i su voz habla a todas las jeneraciones elocuente i sublime.... Tal es el privilejio del jénio! él es inmortal como el soplo de Dios que lo anima!...

ESCENA 6.^a

AZUERO i VARGAS TEJADA.

VAR. — (*saliendo*) Mui meditabundo estás: qué haces hai?

AZU. — Conversaba con Juan Jacobo.

VAR. — En verdad que no hai conversacion mas amena.

AZU. — Pero es tiempo de prepararnos a todo. ¿Has meditado bien en el paso atrevido que vamos a dar? Es preciso armarnos de resignacion i de valor; es preciso pensar en que vamos a reconquistar la libertad de una gran República, o a sucumbir para siempre.

VAR. — Lo sé i estoi resuelto a todo.

AZU. — I si llegásemos a sucumbir?

VAR. — Celestino ¿no recuerdas cuál fué el mas sublime de los episodios de la revolucion francesa?

AZU. — Sí; jamas olvido a los mártires de la Jironda. Luis, moriremos como jirondinos, si es necesario.

VAR. — Oh! morir como Vergniaud, como Guadet i Genssonné, es evaporarse en la santa voluptuosidad del heroismo!

AZU. — Bien: así debe pensar un buen republicano... (*dan afuera tres golpes en la puerta*). Pero llaman a la puerta.

VAR. — Quién va?

ORM. — (*de afuera*) César i Bruto!

VAR. — Qué bandera?

ORM. — Tricolor!

VAR. — Adelante! (*abre la puerta*).

AZU. — Este es el momento solemne!

ESCENA 7.ª

DICHOS, ORMENT, ZULAIVAR, CARUJO i (cuatro conjurados mas).

ORM. — Buenas noches, amigos míos.

VAR. — Salud a todos, compañeros.

AZU. — Bienvenido, Orment: venga esa mano Zuláivar; --buenas noches comandante Carujo.--Salud, amigos míos.

VAR. — Vamos, tome su asiento cada cual.

ORM. — Azuero tiene la presidencia.

AZU. — Señores i amigos: como jefes de las secciones conspiradoras, representamos aquí la voluntad de todos los colombianos comprometidos en la conspiracion. Así, podemos deliberar, i la resolucion definitiva que tomemos decidirá de la suerte de nuestros amigos.

ZUL. — Es verdad.

AZU. — Estamos en un acto solemne: la suerte

de Colombia está en nuestras manos, i somos los jueces entre la Dictadura i nuestras cabezas en peligro.

CAR. — Tambien es verdad.

AZU. — Así, pues, si nuestra resolucion es dictada por la imprudencia o la debilidad, nosotros seremos responsables ante Dios, ante Colombia i la posteridad, de las consecuencias desastrosas que puedan ocurrir.

ORM. — La culpa no será nuestra. Nosotros habiamos resuelto ejecutar una vasta revolucion, ramificada en casi toda la República, i esa revolucion iba a ejecutarse sin sangre ni calamidades. Pero el Dictador ha cometido la grande imprudencia de descubrir la empresa que nos preocupaba, i él nos pone en la imperiosa necesidad de conspirar esta noche para no sucumbir en el cadalso.

CAR. — Segun la opinion de Orment, la lei de la necesidad justifica nuestra resolucion.

ZUL. — Sí; Dios ha dicho a los hombres, con el lenguaje enérgico de la naturaleza: "Conservaos;" — pero si no hai otro medio de conservar la vida que conspirar, es evidente que estamos en el derecho de hacerlo.

AZU. — Sí; pero no es tanto el peligro de nuestra existencia el que legitima la conspiracion: es el peligro de la libertad i la República. Es el grito de cuatro millones de ciudadanos oprimidos el que nos dice con el acento del trueno: "Cons-

pirad para salvarnos ; i si pereceis, vuestra muerte será gloriosa i vuestra memoria inmortal !”

ORM. — Hagamos, pues, consejo de guerra a la Dictadura.

VAR. — La dictadura está juzgada por la opinion de todo el continente colombiano.

CAR. — Si está juzgada, pronuncemos sentencia : yo voto por la muerte !

AZU. — No nos precipitemos aún : examinemos dos cuestiones ante todo.

ZUL. — Convenido : ¿ Cuál es la primera ?

AZU. — La necesidad de la conspiracion.

CAR. — I la segunda ?

AZU. — La moralidad de los medios, i la necesidad de aceptarlos.

ORM. — Bien : entremos en la discusion. Oigamos lo que dice Azuero : él con su jénio claro i enérgico sabrá ilustrarnos en nuestra deliberacion.

AZU. — Yo he visto un pueblo que proclamó su independencia i libertad en 1810, i que despues de luchar heróicamente por mas de catorce años, ha conquistado un nombre i un puesto gloriosos en el cuadro de las naciones libres. El ha tenido que combatir contra España, que jamas ha producido sino valientes ; i sin embargo, los sacrificios, los sufrimientos i el heroismo fueron tales, que Colombia, la tierra de Ricaurte i Romero, de Jirardot i D' Eluayar, arrancó su independencia de la Iberia, la tierra de los Pelayos i Gonzalos. Colombia, pues, ha conquistado el dere-

cho de ser libre, i el que pretenda deprimir su libertad, se rebela contra la República, contra Dios i la causa del pueblo!

ORM. — Bien! ese es el lenguaje de un republicano.

AZU. — Pero qué ha sido de Colombia i de su libertad? El pueblo le dió sus poderes a Bolívar, i la Constitución era el único título de mando que él tenia. Pero qué es de la Constitución? — Ella ha sido violada, aniquilada, suprimida, i está anulado el principio popular en cuya virtud gobernaba Bolívar.

VAR. — Sí: cuando los majistrados atropellan la Constitución, rompen el título de su poder, i el pueblo, si es impotente para castigarlos, queda en libertad para reconstituirse i darse nuevos gobernantes. La revolucion ha empezado, pues, por ellos, i el pacto político no existe!

AZU. — Pero hai mas: la prensa está aniquilada; la tribuna ha caído; la Convencion ha sido dispersada; el sufragio no existe. Bolívar no gobierna ya sino en nombre de la fuerza. La tiranía se ha levantado de los escombros de la legalidad destruida; i al lado de la tiranía está el derecho de la insurreccion, que es el de la libertad armada!

Todos. — Bien! bien!

ZUL. — La insurreccion es un último derecho consiguiente a la soberanía del pueblo, i cuando la tiranía i la usurpacion oprimen

i desconocen los derechos del hombre, este queda en libertad para ponerse en guerra contra la usurpacion, el abuso i la tiranía.

CAR. — Yo no soi mas que un soldado de la independencia, educado en la escuela republicana, al estampido del cañon. ¿Pero cómo podré tolerar la tiranía cuando he luchado contra ella? Yo empuñé la espada del guerrero para contribuir a fundar la libertad del ciudadano; i soldado patriota como soi, veo mis charreteras no como un título de privilegios aristocráticos, sino como un certificado de valor i patriotismo ganado en los campos de batalla—La República está hoi dominada por las bayonetas de Bolívar nomas, i yo que soi soldado, voto, señores, por la conspiracion contra la Dictadura!

AZU. — Pero hai mas: Colombia ha luchado para fundar la democrácia. . . . el reinado de la libertad de la conciencia, de la palabra i del pensamiento; la fraternidad en los goces, la igualdad en los derechos, el desarrollo de los pueblos i el imperio de la filosofía! I puede existir la libertad en la intolerancia, i donde impera el fanatismo de una teocracia ignorante? No! la libertad no habita en el suelo de Colombia, porque ella es una vírjen a quien asustan las sotanas i las bayonetas! Cai-ga, pues, el poder de la usurpacion, i levantemos la República de entre los escombros del absolutismo!

TODOS — Sí, mui bien!

ZUL. — ¡ qué dices tú, Orment?

ORM. — Yo no diré sino que, ciudadano de la gran familia humana, soi un soldado de la libertad en todas partes, i lueho contra la tiranía donde quiera que la encuentro. En nombre de la humanidad, que no reconoce fronteras para el progreso, yo voto por la conspiracion!

VAR. — ¡ bien: debe un republicano conspirar con puñal en mano?....

AZU. — Yo justifico la conspiracion por la grandeza de sus fines. Es verdad que el asesinato es un acto inmoral,— es un crimen; pero esto qué prueba? Llevemos el patriotismo hasta su colmo: aceptemos la execeracion del mundo por la inmoralidad de los medios, a cambio de salvar la libertad de Colombia! Un buen patriota debe sacrificar hasta el honor por el bien de su patria. Caiga sobre nosotros la reprobacion por el delito, pero sálvese la libertad a costa de nuestro sacrificio!...

VAR. — Celestino: ese es el heroismo del republicano, i del supremo amor a la patria!....

ORM. — ¡ ahora quién vacilará? La conspiracion está resuelta!

CAR. — Nadie puede ya vacilar! Está pronunciada la sentencia de muerte de la dictadura!

AZU. — Entónces, véamos cuántos somos, i combinemos el ataque.

VAR. — Aquí está la lista de los conjurados.

ORM. — A cuántos asciende?

VAR. — A ochenta i siete, sin contar los individuos de tropa.

OTM. — Están distribuidas las armas?

VAR. — Todas, a escepcion de las nuestras que están aquí.

ZUL. — I bien: con quiénes contamos?

ORM. — Contamos con el Coronel Antonio Obando; con el disimulo de Córdova aquí; con el Jeneral Moreno en Casanare, i con un levantamiento jeneral en Popayan. En Cartajena tenemos ganada mucha parte de la guarnicion, i aquí contamos con Padilla, la Artillería i el Coronel Guerra.

AZU. — Eso es poco aún; pero con la audacia i el valor todo se consigue. Ahora bien; cómo daremos el ataque?

ORM. — He aquí mi plan. Al sonar las once, Padilla se echará con los soldados de su guardia, que nos pertenecen, sobre el Coronel Bolívar, i hará con él lo que juzgue mejor; despues se pondrá a la cabeza de la Artillería i dará el asalto sobre el cuartel de Várgas. Al mismo tiempo, nosotros caeremos sobre palacio, prendemos o matamos a Bolívar i corremos a ausiliar a Padilla. Ademas, una comision irá a la casa de Urdaneta i nos dará cuenta de él. El Coronel Guerra, como jefe del Estado Mayor, tomará las providencias necesarias para impedir que obren los jefes de los granaderos i del rejimiento de húsares.

ZUL. — El plan me parece bueno, i el éxito depende de la resolucion i la presteza.

ORM. — Yo iré a palacio; pero necesito siete compañeros para entrar—Quiénes me acompañan?

TODOS — Yo!

ORM. — Este paso es el mas peligroso de todos. Carujo colocará su piquete en la plazuela de San Carlos, i entraremos a palacio, Azuero, González, Ospina, Acevedo, el capitan López, Zuláivar i yo.

TODOS. — Convenido!

VAR. — I cuál es mi puesto? Yo quiero correr todos los peligros.

ORM. — Eso corre de mi cuenta: el puesto de U. es mui importante, i yo se lo indicaré.

CAR. — Con que mi consigna es....

ORM. — En la plazuela de San Carlos.

CAR. — I a todo el que pase....

ORM. — Despacharlo, si es enemigo.

CAR. — Está bien.

AZU. — Entónces, vamos a dar aviso a nuestros compañeros: son las ocho, i apénas nos quedan tres horas para obrar.

ORM. — Marchemos, pues!

AZU. — Muerte a la tiranía!

VAR. — Guerra a la dictadura!

AZU. — Hasta las once!....

ZUL. — Marchemos al combate.... La libertad para Colombia o el cadalso para todos....

AZU. — No habrá cadalsos, no.... la libertad alcanzará la victoria!

VAR. — La suerte de Colombia va a decidirse en breve; i sea que triunfemos, sea que

lleguemos al suplicio, juremos no admitir medio entre la libertad i la muerte!

Todos. — (*alzando la mano*) Lo juramos! . . .

ORM. — Vamos, pues, compañeros. . . . A las once habrá en palacio un festin sobre el cadáver sangriento de la tiranía!

AZU. — Orment, iremos al festin!

VAR. — Compatriotas, viva la República!

Todos. — Viva!!

FIN DEL ACTO 3.º

ACTO 4.º

Noche—decoracion de un salon del palacio de Bolívar—dos balcones en el fondo—puerta a derecha e izquierda.

ESCENA 1.ª

MANUELA SAENZ I UN OFICIAL.

OFICIAL. — Señora, debe U. contar con mi adhesion al Libertador—El me ha abierto la carrera de las armas, i me ha dado esta charretera de teniente. Sobre todo, él es el Libertador de Colombia, i ya que teme U. por su vida, yo le juro a U, por mi espada, que ántes sucumbiría defendiendo la escalera del palacio, en caso de un ataque violento, que olvidar mis deberes como soldado i como ciudadano. Todo militar debe sostener al que manda o dejar el servicio; i un buen ciudadano debe ser el defensor constante del majistrado legal.

MAN. — Bien: confio en que U. llenará su deber. Pero dígame U, el capitan Triana ha revelado todo el plan de los conspiradores? El Libertador sufre una angustia cruel: está en una penosa incertidumbre, i teme que de un día a otro estalle esa conspiracion que la casualidad ha hecho descubrir.

OFI. — No sé lo que se haya adelantado en la averiguacion del plan. El capitan Triana está incomunicado desde que fué preso;

ha sido interrogado acerca de sus cómplices i los detalles de la conspiracion, pero se ha mostrado firme en su silencio, apesar del tormento. De todos modos, S. E. debe estar prevenido dia i noche, i desconfiar de todos. Tengo orden ya de no permitir la entrada a los salones al que en adelante no diere el santo i seña. Sinembargo, creo que los conspiradores al saber que han sido descubiertos, se pondrán en salvo por temor de verse presos.

MAN. — Al contrario, temo mucho que el peligro los obligue a precipitarse. Ha sido mucha fortuna que Triana haya dejado conocer la existencia del plan a un oficial fiel a sus deberes, en un momento de exaltacion. El Libertador está justamente indignado: mañana empezarán las pesquisas, i ¡ai del que sea descubierto como conspirador!

OFI. — Su Escelencia no debe usar de clemencia con los enemigos de su gloria i su vida, que son traidores a Colombia.—Pero la dejo a U, Señora: voi a mi puesto a cumplir mi consigna. (*vase por la puerta de la derecha*).

ESCENA 2.^a

MANUELA SAENZ.

Al fin me veo satisfecha! Todas las sospechas se aglomeran sobre Orment, Vargas Tejada, Azuero, Zuláivar i Ca-

rujo. Talvez mañana se habrá descubierto la trama, i entónces podré gozarme en la ruina de esos mozalvetes que han querido ridiculizarme con sus epigramas. Yo les haré ver que si ellos saben humillar a una mujer altiva i orgullosa, la favorita del Libertador de Colombia hará caer sobre sus cabezas aturcidas el peso del poder! La cólera me ahoga..... Pero olvidaba que soi mujer! — Las mujeres perdonamos el odio, la envidia i la maldad; pero nunca los ultrajes hechos al amor propio. Ah! María.... tu mérito es tu desgracia: la hermosura tu crimen! — Es que las mujeres odiamos a las que nos eclipsan, cuando sentimos empañado el cristal del honor.... Ah! Bolívar es el Dictador de Colombia, i yo soi el dictador del corazon de Bolívar! Várgas Tejada, Celestino Azuero....yo os probaré lo que puede la vanidad de una mujer! — Pero el Libertador viene ácia aquí: tengamos serenidad para que nada sospeche.

ESCENA 5.ª

MANUELA SAENZ I EL DICTADOR BOLIVAR.

BOL. — (*saliendo de la izquierda*) No creía encontrarte aquí — Han dado ya las diez i deberias estar en tu aposento en solicitud del sueño.

MAN. — ¿I se puede acaso dormir cuando U. vela? Conozco las inquietudes de su es-

píritu, i las amarguras que aflijen el corazón de U.—Si U. vela, yo estaré en vigilia también: mi destino es seguir la suerte de U, cualquiera que sea.

BOL. — Gracias por tan noble consagración, amiga mia. Tu cariño leal me hace olvidar los sufrimientos que la ingratitud me procura. ; Cuánto me arrepiento de haberme echado sobre los hombros el peso de un poder que, si no me abruma, ha sido al menos el origen de todos mis pesares!

MAN. — Esa conspiración....

BOL. -- Ah! no me hables de esa infernal intriga que me inquieta: háblame de tu amor. Así olvidaré por un momento mis amarguras. Urdaneta se ha quedado en mi escritorio, i su pluma infatigable se ha encargado de escribir mis instrucciones para cortar de raíz este negocio. Déjame pensar en algo que me solace, ya que mis fieles servidores trabajan por mí.

MAN. — Sin embargo, perdóneme U. que le incomode haciéndole advertir que no debe confiar demasiado. Bien sé que U. puede acabar con sus enemigos para siempre; pero....

BOL. -- Calla, amiga mia.... Yo no quiero venganzas ni persecuciones. Esta tarde, cuando he sabido que se tramaba contra mi vida, la cólera ofuscó mi cerebro, i concebí la idea de un castigo ejemplar. Despues, he reflexionado que la clemen-

cia es una virtud mas bella en un majistrado que la implacable severidad. Un buen majistrado debe siempre estar dispuesto a perdonar, si es que quiere que sus propios errores le sean perdonados por el pueblo.

MAN. — Cómo! piensa U. acaso en perdonar?

BOL. — Sí, lo quiero; porque la clemencia enaltece al ofendido, así como la venganza le degrada i afea. No quiero venganzas; no quiero calabozos, proscripciones ni cadalsos! — Si Dios, que ha creado todo cuanto existe, que es tan grande, poderoso i justo, perdona a los que llegan a ofenderle, por qué no habré de hacerlo yo, que nacido del barro i sujeto a los vicios de la humanidad, soi apénas un átomo delante del Creador? Yo he nacido con un corazon grande i jeneroso, con una alma llena de nobles inspiraciones. Pero mis aduladores, como turba menguada de gusanos inmundos, han emponzoñado el aire que respiro, con el aliento del odio, de la venganza i de todas las pasiones ruines, i han llegado a oscurecer mi espíritu i corromper mi corazon!....

MAN. — Señor, U. se engaña quizas....

BOL. — No, yo sé bien que los aduladores i palaciegos hacen la ruina de los buenos majistrados. Ellos jamas permiten que la verdad entre a los salones de los palacios, porque, viviendo como sabandijas impertinentes al derredor de los que

mandan, se plegan a todas las voluntades, i, queriendo lucrar con los errores de sus ídolos, prostituyen a cada paso el honor i la conciencia. Dichoso el que pueda gobernar sin aduladores! ese será buen majistrado, porque gobernará con la verdad!

MAN. — Pero qué mal le han hecho a U. sus admiradores?

BOL. — Escucha—Yo era el libertador de Colombia, i mis aduladores me han obligado a dejar ese timbre glorioso por el título execrable de Dictador. Yo era un patriota entusiasta, i mi frente resplandecía con la auréola del salvador del pueblo; pero me han hecho pensar en rodearla con una corona envilecida por las iniquidades del despotismo. Yo era el ídolo del pueblo valiente i jeneroso de esta gran República, i hoy me veo aborrecido por todos. Tal es la obra de los cortesanos! ellos jamas han servido sino para perder a sus ídolos....

MAN. — Permítame U. que le diga....

BOL. — Siempre me han impedido ser jeneroso. Hoy mismo, cuando mi espíritu se ha calmado, he pensado en indultar a los culpables de esa conspiracion que se medita; pero no encuentro cerca de mí una persona que, compadeciéndose de mi suplicio, me aconseje la clemencia. Todos me piden proscripciones i cadalsos! Tú no me dirás lo mismo, ¿no es verdad? Eres mujer i me aconsejarás que sea magnánimo!

MAN. — Jamas le aconsejaré a U. su perdicion. Cada uno de aquellos a quienes U. perdona, le tendrá mayor odio al verle ejercer una virtud mas.

BOL. — También quieres venganzas. . . . ; no es así? Ya veo que mi mansion está infestada, i que es imposible respirar dentro de sus muros el aire puro de los nobles sentimientos.

MAN. — No, Jeneral; yo no quiero que U. castigue para vengarse, sino para conservar su vida i el honor i la dicha de Colombia. Si U. perdona, mañana sus enemigos emplearán contra U. la libertad que les conceda.

BOL. — Entónces no habrá contemplacion, i la clemencia cederá su lugar a la justicia! Entretanto, es necesario perdonar.

MAN. — Pero perdonará U. tambien a ese ambicioso coplista, Várgas Tejada, el ajente principal, acaso, de la conspiracion?

BOL. — Várgas Tejada! I a qué fin cortar una cabeza intelijente i pensadora, que ha de ser con el tiempo el orgullo de Colombia i el mas bello luminar de su naciente literatura? Por qué destruir al poeta espiritual, destinado por Dios a cantar las grandezas de la América i las lecciones colombianas? No; yo no perseguiré a ese jóven imprudente, si es que la fogosidad de su espíritu le ha arrasrado a entrar en una conspiracion que yo he fomentado con los actos de mi política dictatorial. . . . ; Sabes quién es el

verdadero culpable? Yo; sí, yo soi el primer conspirador, porque he conspirado contra la lei i la libertad desde mi solio! Las revoluciones las hacen los gobernantes abusando de su poder. Los pueblos son pocas veces conspiradores contra los gobernantes: estos conspiran mas frecuentemente contra los derechos de los pueblos!

MAN. — Jeneral, no es ese el lenguaje que conviene a su posicion.

BOL. — Sí; este lenguaje es el de la verdad, esa diosa proscrita de los palacios, que vive entre los harapos del pueblo! Mas ya que la verdad no sale jamas de los labios de los palaciegos, es preciso que el majistrado la pronuncie con valor. Pero aquí viene Urdaneta: déjame que necesito hablar con él.

MAN. — Me retiro, pero pronto estaré aquí.
(*vase por la izquierda*).

ESCENA 4.^a

BOLIVAR I URDANETA.

BOL. — Ha concluido U. Jeneral?

URD. — Todo, segun las instrucciones de V.E. Aquí está el pliego de las medidas que V. E. ha resuelto dictar. (*le da un manuscrito*).

BOL. — Está bien: yo leeré esto despacio; debo meditarlo mucho: mañana se leerá en Consejo.

URD. — Ciertamente, es mui delicado lo que V. E. piensa disponer.

BOL. — El perdon para todos, escepto los cabecillas que serán desterrados de unas provincias a otras. No será bueno así?

URD. — Quién sabe si despues se arrepentirá V. E. de su jenerosidad.

BOL. — I piensa U. Jeneral, que volverían a conspirar?

URD. — Talvez.

BOL. — ¡Ai de los protervos, si lo hicieran! Jeneral, recuerda U. que hai en nuestras cordilleras un gran coloso?....

URD. — Sí, el Chimborazo.

BOL. — Pues bien; yo soi el Chimborazo viviente de Colombia! I así como ese gigante de los Andes pudiera al desplomarse aplastar una cordillera, yo aplastaré a mis enemigos si olvidan mi clemencia!

URD. — Es verdad: el poder de V. E. es mui grande para que puedan arrebatárselo jamas.

BOL. — Mañana hablaremos en Consejo.

URD. — Siendo así, podré retirarme?....

BOL. — Sí, Jeneral: agradezco mucho la adhesion i la laboriosidad de U. Necesito quietud para mi espíritu i descanso para el cuerpo. Buenas noches, Jeneral Urdaneta.

URD. — Que el cielo guarde a V. E. (*vase por la izquierda*).

ESCENA 5.^a

BOLIVAR (solo).

Ah! el primero de los esclavos en una nacion, es el que tiene el poder de go-

bernarla! Esclavo de la desconfianza de los necios i del odio de sus enemigos, es el guardian de la vida de todo un pueblo.... (*se sienta en un sillón*). Cuánto cambia la rueda de la fortuna! Tan pronto sentimos nuestro bajar levantado hasta el cielo por la ola brillante de la prosperidad, como se abre bajo la quilla insegura un abismo para confundirnos en el seno de la desgracia o de la muerte.... Yo me he consagrado desde muy joven a la causa de la independencia, i he desmoronado el poder de un cetro que oprimía a la América entera. He recorrido el continente, cubierto de gloria, hollando a los déspotas altivos, i levantando a los pueblos de su indolente humillacion. Mi nombre es hoy el eco que levantan las selvas de Junin i Ayacucho, que lo oyeron estallar en las gargantas enrojecidas de mis cañones inflamados! El brillo de mi espada ha cegado en Boyacá i Carabobo a los valientes de la Iberia, i yo he clavado el pabellon tricolor al estampido de los arcabuses en las eminencias de los Andes, perfumado con la pólvora de mis granaderos que proclamaban la victoria!.... Al fin de mi carrera, el pueblo me maldice, i una turba de conspiradores afila el puñal para clavarlo en el corazón del héroe americano! Pero quién tiene la culpa de tantas decepciones?... Ah! yo soi el único culpable! Si la vanidad no me hu-

biera cegado, si la ambicion no hubiera empañado la pureza de mi patriotismo, no habría sacrificado jamas la grandeza del pueblo por mi efimera grandeza! He olvidado que la independenciam era una vana conquista sin la libertad! Dicen que los pueblos son ingratos, porque casi siempre maldicen a sus libertadores! Atroz calumnia! No; los pueblos jamas son ingratos: es que siempre son lójicos. Ellos aman la libertad, i por eso detestan a sus servidores, cuando se tornan de patriotas i buenos ciudadanos en opresores de su patria!

ESCENA 6.^a

BOLIVAR—MANUELA SAENZ.

MAN. — (*saliendo*). Me permite U. que le haga compañía? — Creo que U. está mui ajitado, o al ménos. . . .

BOL. — No. . . . Siento algun malestar; pero tengo el espíritu tranquilo, i el sueño vendrá a brindarme el descanso que anhelo. I tú no te recojes en tu lecho? amigamia. El desvelo te hará mal: es ya bien tarde, i si no me equivoco. . . . (*sueñan a lo léjos tres campanadas*) el reló de la Catedral da las once ménos cuarto. Es hora de dormir; déjame solo i vete a descansar.

MAN. — Pero cómo dormir cuando U. pasa la noche en vijilia? No; quiero acompañarle a U, sobre todo en estas noches de pe-

ligro en que es de temerse un ataque repentino.

BOL. — Pero qué podrán hacerme dentro del palacio?

MAN. — Todo es posible, Señor.

BOL. — I mi guardia de honor?

MAN. — Los conspiradores podrían venir hasta aquí aun por encima de los cadáveres de esos fieles servidores.

BOL. — Yo no creo en esos delirios. Mis enemigos jamas llegarían a buscarme hasta mis aposentos. Ellos han querido atacarme en el Coliseo, segun parece; pero no pasarán bajo mis umbrales con el puñal en la mano. Ten confianza, i riéte como yo de sus conspiraciones impotentes.

MAN. — Ah, Señor... la confianza ha sido el abismo de todos los grandes hombres, i ella le perderá a U!

BOL. — Deja a un lado tan fatales pronósticos. Por qué he de temer que me asesinen? No soi el Libertador de Colombia, el héroe de la América? No he dado esplendor i poder a esta República gloriosa?

MAN. — Sinembargo, se conspira para derribarle a U.

BOL. — Sí, pero no para asesinarme cobardemente. Piensa que si puede haber colombianos de la raza de Bruto, yo no pertenezco a la familia de los Césares.

MAN. — Sí, pero U. tiene mas gloria que César, i ella será la luz que muestre el corazon de U. al puñal de los conspiradores.

BOL. — Acaso tienes razon; pero....

MAN. — (Este es el momento!) Sí, la tengo; i por el interes de la República, por la vida de U. i oyendo los consejos de la prudencia, debe U. usar de severidad en el castigo de los culpables. La clemencia es la primera debilidad en el peligro, i la debilidad conduce al abismo. No olvide U. que un gobernante débil i vacilante es el ludibrio de todos los partidos i sucumbe sin remedio. En la política, i perdone U. que se lo diga una mujer, no hai medios: es preciso ser un déspota frío, pronto a cortar todas las cabezas que se levanten con altivez, o ser un demócrata severo.

BOL. — Eres demasiado inflexible.

MAN. — Sí; la libertad tiene su lójica lo mismo que la tiranía: — la primera se funda en el derecho, como la segunda termina en el cadalso. Es necesario escojer entre Washington i el Czar de Rusia. Haga U. que la lei se desplome sobre las cabezas de los conspiradores como una guillotina!

BOL. — ¡ por qué ese rigor implacable ?

MAN. — El Jeneral Santander, rival de U, engraido acaso con la popularidad de que goza, pretende dominar la República. El es quizas el alma de la conspiracion....

BOL. — Santander! No; él ocupa en Colombia una posicion distinguida que no se espondría a comprometer en los azares de una conspiracion. Santander es un re-

publicano de jénio i de valor, incapaz de semejante locura. El ha nacido para gobernar i no para conspirar: los hombres de intelijencia poderosa gobiernan con su influjo sobre la sociedad, porque tienen el poder de la opinion; pero nunca levantan el edificio de su poder sobre los escombros hacinados por el puñal en el delirio sangriento de la matanza....

MAN. — Pero perdonaría U. acaso a Azuero, Várgas Tejada i todos esos crueles enemigos de U, si estuviesen comprometidos en la conspiracion?

BOL. — I por qué no? Para qué destruir esas dos intelijencias poderosas que tanto prometen a Colombia en sus conquistas sobre la filosofía? Cortar la cabeza de un hombre vulgar, es una necedad que hace despreciable al majistrado; pero destruir una grande intelijencia, es una iniquidad que hace merecer al victimario la maldicion i el odio de la sociedad! Yo no quiero venganzas, porque no quiero hacerme mas odioso a los colombianos.

MAN. — I qué hará U. con ese francés Orment, que parece estar comprometido en el complot?

BOL. — Le arrojaré del pais como un advenedizo! Pero no; quién ha de conspirar contra mí? (*suenan a lo léjos descargas de fusiles i cañones*).

MAN. — Escuche U. Jeneral! escuche U....

BOL. — (*con sobresalto*) Sí; han sonado descargas de cañon i fusilería. Dios mio.....
qué será eso? 7

MAN. — No lo adivina U? La conspiracion ha estallado!

BOL. — Será posible!

MAN. — Sí; es necesario que U. se salve a todo trance. Si entran al palacio, la muerte de U. es segura!.... (*se oyen nuevos tiros*).

BOL. — No hai que dudarlo ya! la conspiracion estalla! I yo que pensaba en perdonarlos!... Miserables enemigos de mi reposo i de mi gloria! (*se oyen murmullos lejanos*).

MAN. — Ya están en la puerta del palacio! Señor.... sálvese U. (*se acerca a un balcon i mira a la calle*). No hai esperanza! la calle está llena de jente ácia la esquina. Es preciso que salga U. al instante! (*nuevos murmullos*). Lo oye U? vienen a asesinarle!

BOL. — Todo está consumado! mi sacrificio es cierto!....

ESCENA 7.ª

DICHOS I EL OFICIAL.

OFI. — (*entrando precipitadamente*). Jeneral, póngase V. E. en salvo al instante. Una turba de jente armada ataca la puerta del palacio, i la guardia no puede resistir. (*se oye abajo el choque de las espadas*). Ya están en el corredor. Tres de los centinelas han sido sorprendidos i asesinados.... (*rumores afuera*).

BOL. — Sí, ya oigo sus voces confusas i amenazantes! Ah! baje U. al instante, a

decir a esos miserables que no derramen la sangre de mis fieles i bravos granaderos! que aquí espero los golpes de sus puñales parricidas! Pronto para que mis oficiales no sucumban!

OFI. — Señora, sálvele U! yo voi a defender mi puesto hasta morir! (*vase*).

ESCENA 8.^a

DICHOS ménos el OFICIAL.

MAN. — Jeneral, sálvese U!

BOL. — (*cruzando los brazos*). No! yo espero a mis enemigos. . . . No les tengo miedo, i mi sangre aplacará su cólera infernal!

MAN. — Oh! yo se lo suplico a U. . . . Todavía hai remedio. . . .

BOL. — Cuál?

MAN. — La fuga!

BOL. — No; el vencedor de Junin no sabe huir! (*suenan un pistoletazo*).

MAN. — Ese es un anuncio! Salga U, por mi amor, por su vida, por sus glorias. . . . sálvese U! pero pronto que ya están en la escalera!

BOL. — I a qué fin huir cobardemente? Siempre seré víctima de su furor!

AFUERA. — Viva la libertad! viva Colombia!

MAN. — Oye U? Sus gritos amenazadores manifiestan su cólera sangrienta! . . . ya se acercan! Oh! piedad! (*se arrodilla*).

BOL. — Pero por dónde huir?

MAN. — (*levantándose con rapidez*). Por allí.

El balcon de la alcoba no es alto, i la calle está sola ácia este lado. (*nuevos ruidos i choque cercano de armas*).

BOL. — Pero no es digna de mí la cobardía! Que vengan a levantar sobre mi cadáver la estatua de la libertad! . . . Deja que vengan a herir el corazon del héroe de Colombia. . . Yo los espero con resignacion! Que sea el palacio del Presidente de Colombia el calvario del fundador de tres naciones. . . Déjame morir!

MAN. — No morirá U! Yo le arrancaré a la muerte! (*le toma por un brazo*). Venga U, i salve a Colombia, salvando su vida! (*le conduce ácia la alcoba*).

AFUERA. — Viva Colombia! muera el tirano! (*sigue un murmullo sordo, i entran con precipitacion varios en tumulto*).

ESCENA 9.ª

ORMENT, ZULAIVAR, AZUERO, CARUJO i tres conjurados mas.

UNO. — *entrando con el sable en la derecha i un farol en la izquierda*). Por aquí, por aquí. . .

ORM. — (*con un puñal ensangrentado*). Adelante! Victoria! . . .

ZUL. — Dónde está el tirano de Colombia!

VARIOS. — Muera el Dictador!

ORM. — Entremos, compañeros: la victoria es nuestra! (*hacen ademan de seguir adelante*).

ESCENA 10.ª

DICHOS I MANUELA SAENZ.

MAN. — (*saliendo a la puerta de la alcoba*).
Todavía no!... Atras asesinos de la patria!

UNO. — (*levantando el sable sobre ella*). Muere mujer abominable!

CAR. — Detente.... El que toca a una mujer es un miserable! (*le alza el sable*).

MAN. — Oh! todavía es U. valiente!

ORM. — Dónde se oculta ese tirano detestable!

MAN. — Entrad todos, i le hallareis en su lecho esperando la muerte!

ORM. — Entremos! (*entran a la alcoba Orment, Zuláivar i el que lleva el farol*).

MAN. — Ah, desgraciados! les tengo compasión!

ORM. — (*saliendo*) Maldición!!....

ZUL. — (*id.*) Se ha escapado por el balcon!

AZU. — Ah! cobarde tiranuelo que no tiene valor para morir!....

ORM. — Mujer infernal! tú le has salvado, engañándonos!....

MAN. — He cumplido mi deber!

TODOS. — Salgamos! salgamos!

MAN. — Salid para buscar la proscripeion o el cadalso!

FIN DEL ACTO 4.º

ACTO 5.º

Decoracion de cárcel—Puerta de entrada al centro, i a los lados varias habitaciones.

ESCENA 1.ª

ORMENT I ZULAIVAR.

ORM. — I bien, caro amigo: ya llegamos al término de nuestra carrera.... Qué piensas de mí?

ZUL. — Ah! todo está concluido! Desde el seno de la vida privada, tranquila i sin pesares, me ha hecho brotar una conspiracion para traerme al fondo de una triste prision, i despues.... al cadalso!

ORM. — Perdóname Zuláivar.... Yo he destruido tu oscuro porvenir, porque buscaba la libertad para tu patria i la gloria para tí. Te arrepientes de haber seguido mi sangrienta huella.... ¿no es cierto? Me acusarás en estos últimos instantes que nos quedan de vida?

ZUL. — Orment, tú desconoces el fondo de mi corazon. Yo no te reconvengo, ni me arrepiento de lo pasado.... ¿De qué habría de arrepentirme? de haber entrado en una revolucion santa por sus fines, heróica i gloriosa por sus peligros, pero desgraciada por sus resultados? No! ella ha sido noble porque ha sido inspirada por el santo amor de la libertad!

ORM. — Ah! eres jóven, i la libertad es un ángel que solo bate sus alas sobre el puro i ardiente corazon de la juventud!

ZUL. — Podría arrepentirme de haber entrado en una revolucion exigida por el grito de cuatro millones de hombres oprimidos por una turba insensata de apóstatas de la República, de renegados de la causa americana? No! el arrepentimiento es una virtud tan sublime en el que ha sido malo, como es una menguada cobardía en el que ha obedecido a la noble inspiracion del patriotismo!

ORM. — Tienes razon, amigo mio....

ZUL. — El hombre de corazon jamas debe proceder sino al impulso de la virtud i del honor; i cuando un republicano sucumbe en defensa de su patria, debe marchar hasta el cadalso con la frente serena i el corazon tranquilo, oyendo solo la voz de su conciencia!

ORM. — Bien, noble Zuláivar! eres digno del suelo donde naciste. Reconozco en tus pupilas que chispean con el fuego de la conviccion, en tu semblante altivo i en tu acento lleno de la inspiracion del patriotismo, esa alma enérgica i entusiasta que distingue a los granadinos, criados al ruido tempestuoso de los torrentes i de las cascadas, al mujido de los huracanes andinos, i al resplandor de los volcanes i de los blancos penachos de las cordilleras! Sí, eres un buen americano, Zuláivar.... Abrázame, que ya no me aflije la muerte! (*se abrazan*).

ZUL. — I qué! llegaste a flaquear ante la certidumbre del suplicio?

ORM. — No fué por cobardía ; vive Dios! me aflijía de pensar en que morias por culpa mía.

ZUL. — No, amigo mio . . . Yo llevo al cadalso un sentimiento de profunda gratitud ácia tí . . . Me has arrancado a la indolencia para trocarla por un martirio glorioso . . . Porque yo sé que la posteridad, al recordar mi nombre, perdonará las faltas del conspirador, i ensalzará la abnegacion del patriota, que no vaciló en inmolarse por librar a Colombia de la opresion de sus ingratos hijos!

ORM. — I bien, amigo mio . . . No dejas algo en el mundo qué lamentar? .

ZUL. — Mi madre!!

ORM. — I algun amor? . . .

ZUL. — Ah! sí . . . Pero el amor es la religion de los hombres dichosos—Ahora no tengo otro amor que el de la muerte que se acerca!

ORM. — Tambien has sufrido tú con el amor? Misterioso sentimiento que ajita el corazon de tan diversos modos! Ah! yo he devorado toda su hiel en mi bella juventud! . . .

ZUL. — Conque has sido desgraciado? Cuéntame tus penas, amigo mio. ; No estamos cerca del cadalso? qué importa que esos hondos secretos del corazon descorran su misterioso velo!

ORM. — Escucha en breves palabras la historia de mis años de amor. Mi padre era un viejo veterano de la heróica República

francesa. El habia concurrido a la toma de la Bastilla, a la invasion de las Tullerías i a todos los grandes sucesos de la revolucion. Habia combatido en Marengo, en Jena, en Arcola i Austerlitz, i habia sufrido la triste decepcion de Waterloo... Mi padre era un revolucionario entusiasta; i mi educacion se habia efectuado bajo la inspiracion de esos sentimientos. Cuando tuve diez i ocho años, mi corazon se habia formado en el santo amor de la libertad, i mi espíritu en las meditaciones de la noble filosofia de Rousseau....

ZUL. — Debias entónces ser un hombre libre.

ORM. — Llegué a los veinte años, esa edad del entusiasmo en que todo el horizonte se nos muestra risueño.... Entónces conocí a una jóven,—era bella como una poesía dulcísima; era una criatura anjélica.... La amé con todo el entusiasmo de la suprema dicha, i ella me amó tambien. Despues de dos años de delirios, apesar de mi modesta condicion, pedí la mano de Elena, i su padre que la habia ofrecido al hijo de un rico propietario, me la rehusó decididamente. Un dia me acercaba al jardin de mi Elena para verla de léjos siquiera, i de repente me encontré con mi rival. El odio, haciéndole olvidar su orgullo, le arrastró hasta insultarme i provocarme a un duelo.

ZUL. — A un duelo! I aceptaste?...

ORM. — Yo rehusé al principio, pero me ví forzado, i me batí.... Mi padre me habia

enseñado el manejo de las armas, i mi mano certera le fué fatal a mi enemigo. El quedó muerto en el sitio, i yo, prófugo i errante, hube de buscar asilo en España. Despues. . . . mi pobre padre, anciano i enfermo, fué preso injustamente, suponiéndosele complicidad, i en breve su amargura le hizo morir en la cárcel. . . .

AZU. — En la cárcel!

ORM. — Pobre padre mio. . . . Entretanto, Elena, bajo el poder del sufrimiento, sintió debilitarse lentamente su espíritu, hasta volverse loca. . . . Oh! que horrible palabra, Dios mio! Quise volar en su socorro, pero mis perseguidores, descubriendo mi paradero, me buscaban en España.

AZU. — En España! I despues?

ORM. — Fué necesario huir: busqué una segunda patria en América. ¡Qué había sido de mi fugaz felicidad! Mi padre en el sepulcro, mi Elena desdichada i loca, i yo proscrito de mi patria! Tal era mi horrible situacion! Colombia, esta tierra jenerosa i hospitalaria, me dió un asilo, a donde vine a esconder mis amarguras. . . . Pero hace cinco meses tuve la última noticia: Elena, mi adorable Elena, había muerto. . . .

ZUL. — Pobre amigo mio!

ORM. — La medida estaba colmada; yo no quería vivir, i resolví conquistar un nombre en el peligro, o una muerte gloriosa, para completar mi martirio. Por eso, a

impulso de mi amor a la libertad, i estimulado tambien por la desesperacion, me hice conspirador!....

ZUL. — Oh, amigo mio.... Cuánto has debido sufrir!

ORM. — Sí, es verdad! Pero olvidemos todo eso: estamos en capilla, i ántes de una hora debemos estar en otro mundo, en presencia del que hace justicia a todos i compadece los infortunios de la vida. Pensemos en nuestras almas.

ZUL. — Tienes razon. Ha rato que el sacerdote estuvo aquí para ofrecernos sus consuelos: es preciso llamarle.

CAR. — Alguno llega; acaso sea el confesor.

ESCENA 2.ª

DICHOS i un RELIJIOSO.

REL. — Dios les guarde i proteja, hijos mios.

ZUL. — Que él nos reciba en su seno, buen padre. Acérquese U. i ayúdenos con su palabra de paz i de consuelo, que bien necesitamos de ella.

REL. — Se han preparado ya para dar su confesion? Hijos mios; vengo al lado de ustedes para hacerles olvidar las amarguras terrenales i pensar en Dios. La vida está llena de sinsabores, de espinas i de abrojos; i no hai mejor refujio para el desgraciado que Dios i la oracion.... Sí, Dios que nos mira desde lo alto de su trono, i que léjos de ser un juez implacable i terrible, como lo pintan los

sacerdotes del terror,—los supersticiosos i paganos, que desconociendo el espíritu del Evangelio, pervierten la santa relijion de Jesus,—es un padre bondadoso, dispuesto siempre a ser induljente con sus criaturas estraviadas....

ZUL. — Oh, buen padre! Cuán dulcemente sue-
nan en mi oído las palabras de U....

Es tan raro encontrar en las tribulacio-
nes de la vida un verdadero apóstol del
cristianismo i de la fe, sobre todo, en
un suelo donde la relijion se adultera
con los atavíos del paganismo; donde el
mejor modo de hacer carrera i de medrar
es darse golpes de pecho i finjir hipó-
critamente una piedad que se desprecia,
una relijion que se deshonorra con la in-
tolerancia i la proscripcion, para embru-
tecer al pueblo hundiéndolo en el fango
de las mas torpes supersticiones!....

REL. — Es verdad, hijos míos. Donde no está
el amor no está Dios; donde no se ejer-
ce la caridad no está Cristo; donde fal-
tan la tolerancia i la fraternidad, no está
la relijion....

ORM. — Oh! con que no es U. el sacerdote de
la cólera celeste i de la maldiccion! Con
que al fin, al acercarme al cadalso, he
encontrado al sacerdote del Cristo, al
sacerdote del perdon i del consuelo? Ben-
dito seas, Dios mio, que tanto bien me
deparas....

REL. — Sí, amigo mio.... El sacerdote no es
al azote del creyente, no es el verdugo

del penitente que reconoce sus extravíos.... Es el hermano que enjuga el llanto del arrepentimiento con el blanco cendal de la esperanza. La religión del crucificado no es la que los fanáticos predicán apoyándola con la amenaza de los tormentos i del fuego del infierno. Ella se insinúa por el amor i no por el terror. Dios no conoce la cólera sino la bondad. El ha creado el infierno en las amarguras i las pasiones de la vida; pero en compensación, ha formado un paraíso para el espíritu del hombre en el reino infinito de la inmortalidad! "Amaos los unos a los otros," ha dicho el grande apóstol del Calvario. Por eso su religión es de paz i caridad, de mansedumbre i de amor, i no choca jamás con la razón i la filosofía. Es la religión del corazón i la cabeza: ella le pide al corazón el sentimiento i al espíritu la contemplación.

ORM. — Buen padre, empiezo a tener confianza. Yo, a quien la desgracia había hecho casi incrédulo, tengo esperanza en Dios i fe en el Evangelio.

ZUL. — Yo también tengo fe.... Yo sé que el Dios del cristianismo no es un inquisidor rodeado de instrumentos de castigo, de venganza i tormento, como lo hacen creer los hipócritas al vulgo ignorante. Así como el padre bondadoso, con sus hijos, Dios está siempre más dispuesto a perdonar que a castigar las debilidades humanas....

REL. — Entónces, hijos míos, pensemos en la penitencia. Es necesario purificar el alma en la oracion, ántes ne entregársela a Dios....

ORM. — Ve primero, Zuláivar, i llámame cuando hayas concluido.

ZUL. — Está bien: prepárate i piensa en Dios i la muerte, porque nuestros instantes de vida son ya cortos. (*vase con el Religioso por el lado izquierdo de la prision*).

ESCENA 3.^a

ORMENT.

He aquí la vida!.... Peregrinacion que empieza por el llanto en la cuna i acaba por los suspiros en la tumba!.... Un dia el amor, i los sueños tentadores: despues la soledad i el dolor! Mas tarde los delirios de la gloria; i al fin de todo la prision i el cadalso.... Luchando entre el revuelto oleaje de las pasiones para naufragar con amargura. Batallando cuerpo a cuerpo con el destino, para acabar a los piés del verdugo, sin haber sentido mas que tempestades en el alma, suspiros en el corazon i lágrimas en los ojos.... Pero cómo no amar la vida, si la esperanza nos halaga siempre?.... Oh, jentil esperanza.... misteriosa belidad del corazon! Anjel que conduces al hombre desde la cuna, ese santuario de sonrisas,—hasta el sepulcro, ese triste santuario de suspiros! Ah! tú me son-

reías i animabas en la juventud : me dadas resignacion en la soledad i la proscripcion ! Mi último instante se acerca, deliciosa esperanza ! i a dos pasos del sepulcro, yo te bendigo al darte mi postrer adios . . . Tú llegarás, cubierta de luto, hasta el cadalso, i al ver mi existencia evaporarse entre el humo de los arcabuses matadores, volverás a posarte, cual ave fujitiva, en el corazon de otro desgraciado ! Señor, Dios de misericordia ! recibe mi última oracion, puesto que me desprendo de mi última esperanza en la tierra ! ! . . .

ESCENA 4.ª

ORMENT, URDANETA i el CARCELERO.

URD. — (*entrando*). I por qué la última ?

ORM. — (*sorprendido*). Como ! porque me espera el cadalso ! Pero qué ! viene U. a ofrecermé esperanzas ?

URD. — Talvez sí.

ORM. — (*con risa sardónica*). Oh ! no tiene U. aire de apóstol para ofrecer consuelos. U. i su ídolo me han hecho condenar a muerte : no le aborrezco a U, puesto que ha cumplido su mision ; pero déjeme U. en paz i no turbe estos momentos solemnes en que solo debo pensar en la eternidad, ese oscuro laberinto de la muerte donde me habré de consumir en breve . . .

URD. — I si yo viniese a darle a U. la vida ? Si le quisiese salvar ?

ORM. — A mí solo?

URD. — Sí, se entiende.

ORM. — Entónces... no quiero la vida!

URD. — Cómo! sería posible?

ORM. — Cuando se hace una revolucion, se tiene mancomunidad en la gloria i el trínfo, como en la proscripcion i el cadalso— Nadie tiene el derecho de vivir cuando sucumben los demas.

URD. — I bien: suponga U. que el perdon o la vida fuese para todos: aceptaría U?

ORM. — Con algunas condiciones.

URD. — Condiciones? i cuáles por ventura!

ORM. — La primera, que la vida no se comprase con el honor....

URD. — Explíquese U: no entiendo eso.

ORM. — Tampoco entiendo la aparicion del Jeneral Urdaneta en mi calabozo.

URD. — Es mui sencilla la explicacion. Si U. quiere vivir, descubrirá todo el plan de la conspiracion i los nombres de los comprometidos.

ORM. — Jeneral Urdaneta! Eso no se propone sino a los cobardes!

URD. — I qué, no es fácil eso?

ORM. — Jeneral! No blasfeme U. así contra el honor! Eso que U. me propone es indigno de un hombre de bien!

URD. — Cómo, ¿rechazará U?....

ORM. — Sepa U, Jeneral, que si ántes le había tenido a U. por un intrigante ambicioso i mal ciudadano, ahora le miro como indigno de pisar el suelo de Colombia, i le... (balbuciendo) le perdono para no despreciarle!

URD. — Orment! calle U. si quiere vivir!

ORM. — I por qué no decir la verdad? Qué otra cosa peor que el cadalso hai en el mundo?... ah! si, es todavía peor la deshonra.... Jeneral! (*con cólera*) U. tiene el poder de llevarme al suplicio; pero no tiene el derecho de insultarme en la última agonía del sufrimiento!

URD. — Orment, no se irrite U, puesto que vengo a salvarle.

ORM. — U. no piensa en eso: lo que U. quiere es la ruina del noble Jeneral Santander, que le hace sombra, i la sangre de Azue-ro, Várgas Tejada i de otros jóvenes eminentes! Su sangre.... sí, tiene U. razon: el talento, la virtud i el saber, asustan siempre a los tiranos.

URD. — Orment! Confiese U. la verdad i le salyaré. Todavía es tiempo....

ORM. — Jeneral! Voi a dar a U. mi respuesta ... (*se acerca a la puerta exterior i grita*). Carcelero!

CARCELERO. — (*entrando*). Qué se ofrece, Señor?

ORM. — Conoces a ese hombre? (*muestra a Urdaneta*).

CARC. — Sí, Señor: es el Jeneral Urdaneta.

ORM. — Pues bien: dile a todos los que pasen por la calle, que ese hombre es un miserable! Ahora, (*dirijiéndose a Urdaneta*) fuera de aquí!... Ya no estoi bajo tu poder abominable, porque le pertenezco al cadalso i a Dios!

URD. — (*saliendo*), Pobre mentecato! Pronto

se acabarán tu orgullo i tu insolencia!
La voz de los verdugos te responderá!
(*vase con el carcelero*).

ESCENA 5.ª

ORMENT—ZULAIVAR.

ZUL. — (*saliendo de la capilla*). Vete, amigo mio: el confesor te espera. Yo estoy tranquilo ya. Mi espíritu está en calma, i me apresto a morir resignado. Ve a recibir los consuelos de la relijion. Los instantes son preciosos, i dentro de media hora todo habrá concluido para nosotros....

ORM. — Sí, todo habrá concluido, es verdad! pero en la tierra. Busquemos en la oracion fuerzas para emprender el triste viaje a la lejana eternidad de Dios....
(*vase por donde entró Zuláivar*).

ESCENA 6.ª

ZULAIVAR.

Al fin he llegado al término de mi vida!
Yo habia soñado que mi muerte sería tranquila, exhalando el postrer aliento en los brazos de una esposa adorada...
Ah! el contraste es horrible! Mi cuerpo palpitará con sus últimos estremecimientos entre el humo ardiente de la pólvora.... i en lugar de los brazos de una esposa me reclinaré sobre el poste de un cadalso! Cúmplase mi destino, i que la

mano de Dios no me abandone! Prepara-
rémonos a morir.... (*Queda un momen-
to silencioso, i entretanto entra Manuela
Sáenz, sin ser vista, i se oculta en un
rincon*). Pensemos en Dios que nos es-
pera, "en la eternidad, en cuyo seno voi
a perderme, como un grano de arena en
los abismos del Océano.... La eterni-
dad! palabra misteriosa i terrible que
hiela el corazon del desgraciado, así
como ensancha la imajinacion del filó-
sofo, del sabio i el poeta que esperan la
inmortalidad de su memoria....

ESCENA 7.ª

ZULAIVAR—ÉL CARCELERO.

CARC. — (*entrando*). Señor, acaba de llegar un
preso, jóven i bien parecido, que ha ob-
tenido permiso para entrar a este cala-
bozo —; Quiere U. recibirle?

ZUL. — Que entre, sea quien fuere.

CARC. — Está bien: voi a conducirle hasta aquí.
Aguarde U. un instante. (*vase*).

ZUL. — Quién vendrá a buscarme en esta ante-
sala de la muerte?....

CARC. — (*entrando*). Por aquí, caballero, por
aquí. Entre U. (*vase*).

ESCENA 8.ª

ZULAIVAR—AZUERO.

AZU. — (*entrando*). Mi querido Zuláivar!

ZUL. — Al fin le veo a U! Oh! Dios es siempre
jeneroso!—; Cómo ha podido U?....

AZU. — He suplicado tanto que me permitieran verles.... Ah! cuánto me han hecho sufrir mis carceleros!

ZUL. — Con que a U. también!

AZU. — Han querido llevar la humillacion hasta el estremo de convertir en cárcel mia, para atormentarme, el mismo recinto donde mi voz ha resonado tantas veces para enseñar la filosofía a mis discípulos.... Mi cátedra es hoy mi potro de tormento!....

ZUL. — Qué crueles son.... pero si son liberticidas, cómo quiere U. que sean clementes?

AZU. — ¡ Bien: ha salido de este calabozo alguna revelacion?

ZUL. — En cuanto a mí, todo lo he confesado; pero no he vendido a ninguno de mis compañeros. Orment ha hecho lo mismo.

AZU. — Eso hace un hombre de honor. Temia, sin embargo, que los sorprendieran a ustedes, i he venido a decirles que mantengan el secreto a todo trance. Es preciso salvar de toda sospecha a Santander, a Várgas Tejada i nuestros amigos. Economicemos algunos cadalsos, ya que estamos destinados a morir. Sucumbiremos con abnegacion i con valor; pero no arrastraremos a nuestros compañeros, con una oprobiosa delacion, en la desgracia que nos espera!

ZUL. — Sí, seremos leales hasta el último instante. Pero dígame U. algo de Várgas Tejada—Se ha salvado por ventura?

AZU. — Pobre amigo mío! Ignoro la suerte que le haya tocado.

ZUL. — ¡Padilla? ¡Carujo? ¡los demás?....

AZU. — Todo está envuelto para mí en las sombras del misterio..... Ah! pobre Colombia! pobres compañeros! pobre ¡desgraciada libertad!....

CARCELERO. — (*desde afuera*). Por aquí, señoritas, por aquí—No ha mucho que entré ¡ahí le encontrarán ustedes.

ZUL. — ¡Mujeres en mi calabozo! ¡quiénes vendrán! Quizas Dios me envía para mis últimos instantes algunos ángeles de consuelo....

ESCENA 9.ª

DICHOS, MARIA I MATILDE.

MAT. — (*entrando*). Oh! Celestino... ¿eres tú! (*se abrazan con efusion*).

AZU. — Matilde! tú aquí, bien mío.... en mis brazos.... en el fondo de un calabozo.... Oh! Dios mío! gracias por tamaño bien....

MAT. — Por fin te veo.... pero cuán dolorosamente.... (*llora*).

AZU. — Es verdad, ángel mío.... Es muy triste encontrar un amante cargado de dolores ¡y cercano al martirio....

MAT. — Ah! no me hables así, Celestino!

AZU. — María, acérquese U.... cuán demudada está U....

MAR. — He sufrido tanto.... las lágrimas que man el semblante ¡y dejan desierto el corazón!....

AZU. — I no ha sabido U. algo de Luis, de mi leal i noble amigo?

MAR. — Pobre Luis! Pero a lo ménos es mejor estar prófugo que sumido en una triste prision.... Apénas he podido descubrir que, errante por las soledades i los bosques, va en busca de la libertad o de un asilo seguro. Dios mio! siquiera no morirá en un cadalso....

ZUL. — Ah! pobres compañeros de heroismo! El infortunio ha sido comun para todos....

MAT. — Pero dígame U, Zuláivar: a quién amenaza ese aparato lúgubre de la ciudad? Hemos ido a la prision de Celestino, i nos dijeron que le habian traído a la casa de Capuchinos.... despues, al cruzar la plaza, hemos visto algunos patibulos preparados.... Oh! dígame U, por Dios, quiénes van a ser las víctimas?

ZUL. — Tranquilícese U, Señorita: esos cadalsos son para Orment i yo.

MAR. — Con que no hai esperanza para los dos! Talvez para ninguno? ...

AZU. — Mi causa no ha sido resuelta todavía; no sé lo que harán de mí, Matilde; pero no te desconsueles....

MAT. — Oh! qué horrible presentimiento!... Esos hombres no tienen compasion....

ZUL. — La compasion no cabe donde reinan el odio i la venganza.

AZU. — Los déspotas jamas fueron compasivos.

ZUL. — El Dictador ha querido dar una funcion al pueblo, i en vez de vinos jenerosos que le costarian caros, le ofrece la

sangre de los amigos de la libertad, que es barata.... bien barata, puesto que la compra con cuatro tiros de fusil!....

MAR.— Con qué serenidad habla U, Zuláivar.
... Me hieló de espanto!...

ZUL.— Yo no tiemblo aún... Es que la idea de un martirio glorioso me hace delirar.... Pero pensemos en los buenos amigos — ¿Sabe U, Señorita, cuál ha sido la suerte de Carujo i los demas compañeros?

MAR.— Todos están huyendo en los desiertos o encerrados en los calabozos...

ZUL.— Por lo que hace a ustedes, Señoritas, es preciso que no esquiven diligencia alguna para salvar a Azuero i Várgas Tejada. No desesperen ustedes: empleen todos los medios, todas las influencias, i si es necesario vayan a pedir al Dictador mismo el perdon de sus prometidos. Acaso, al verlas llorar desconsoladas, llegue a compadecerse del infortunio de ustedes.

MAR.— Sí, haremos cuanto U. dice; rogaremos, suplicaremos tanto....

MAT.— No escusaremos sacrificio alguno.... Ah! si yo consiguiera salvarte, aun a costa de mi vida, Celestino.... (llora).

AZU.— No te aflijas así..... no llores, ángel mio. Aun hai esperanza de salvacion!

ZUL.— Al ménos, si sucumbiese U, llevaría al cadalso la dulce ventura de ser amado, el recuerdo de ese santo amor,— el placer de haberle dado su postrer adiós a la

mujer amada.... Eso al ménos es morir
viviendo....

MAR. — Pero morir tan jóvenes! Oh! eso es
morir dos veces....

ZUL. — La muerte no es una desgracia cuando
se acepta con placer i sin llevar remor-
dimientos a la tumba. La muerte del ca-
dalso político engrandece a la víctima,
léjos de humillarla. Por eso la esperó
con resignación.... Pero, las dejo a us-
tedes un momento! Voi a hacer mi úl-
tima oracion.... (*vase para la capilla*).

ESCENA 10.^a

DICHOS, ménos ZULÁIVAR.

MAR. — Pobre Zuláivar! morir tan joven; qui-
zas con el corazon lleno de esperanzas i
soñando con el porvenir... Cuán triste
debe de ser la muerte, cuando ella sor-
prende al hombre en los vértigos de una
felicidad fantástica i hermosa!

AZU. — Sí, María.... debe de ser mui triste
morir así....

MAT. — Pero morir estando enamorado, i sien-
do el ídolo de una mujer sensible; morir
cuando se tiene un talento fecundo que
promete glorias inmortales.... Oh! eso
es morir con el espíritu i el corazon!
Celestino, quién sabe si te aguarda la
muerte!

MAR. — Por qué esos amargos presentimientos,
Matilde!....

MAT. — Esa idea me hace estremecer de espanto, i me aprieta el corazon como una mano de acero.... Pero no, no morirás, si Dios quiere protejerte, si escucha mis plegarias i se conduele de mi cruel agonía....

AZU. — (*abrazándola*). Oh! cuánto me amas, anjélica Matilde! Abrázame criatura generosa!.... Tú me haces dichoso hasta en el fondo de esta prision! Cuán dulce es el amor, cuyo imperio domina el corazon hasta en la soledad de los horribles calabozos! Misterioso poder de la mujer que nos recibe hasta el postrer suspiro!.... Matilde, abrázame otra vez, con esa ternura propia de tu alma candorosa....

MAT. — Qué felicidad! abrazarte aún.... Oh! todavía me pertencees!.... Todavía eres mio, no del cadalso! Aun puedo amarte i suspirar contigo!

MAR. — (*llorando*). Ah! quién pudiera decir lo mismo! Todo lo he perdido quizás.. Ya no puedo estrechar su mano, oir los dulces juramentos de su amor, ni palpar encantada bajo el poder de su mirada ardiente! Matilde, Matilde.... tu hermana no es sino una pobre viuda!

MAT. — No te desconsueces así, querida María...

MAR. — Pero la vida.... Oh! qué es la vida sin los encantos del amor? Flor sin rocío, sin brisas ni perfume; estéril arenal donde no se encuentran arroyos ni murmurios, ni cantos, ni armonías..... La

soledad en el alma, el duelo en el corazón.... eso es la vida sin amor!

AZU. — María, mi dulce amiga, mi hermana... por qué esa desesperación! Confíemos en que Dios nos devolverá a Luis....

MAR. — Quién sabe cual será su suerte!.... Pero pensemos también en U; indíquenos U. el medio de obtener su libertad.

AZU. — Temo que todo sea inútil. El Dictador i los jueces están animados de un profundo rencor ácia todos los conspiradores i especialmente ácia mí. María, tengo poca esperanza de salvación!

MAT. — Por piedad, no me desconsueles así... Déjame gozar en la dulce esperanza de verte libre! Yo confío en Dios: él nos protegerá....

AZU. — Sea, mi buena Matilde: tendré confianza, si lo quieres..... (*se oyen las once en una campana lejana*).

MAR. — Las once! Dios mio..... cuán triste me parece esa campana! (*Entra un oficial con escolta*).

ESCENA 11.ª

DICHOS i la escolta.

AZU. — Una escolta! Ah! comprendo.... pobres amigos! "Ya el momento terrible se acerca! el momento terrible, gran Dios!"

OFICIAL. — Caballero....

MAT. — (*con precipitación*). Oh! dígame U,

Señor, a quién viene U. a llevar?... Es a Celestino?....

OFI. — Señorita, vengo en solicitud de los dos presos, Orment i Zuláivar....

AZU. — Tan pronto!..... Espere U. un momento aún....

OFI. — Dios sabe cuán dolorosa es para mí esta comision; pero han sonado las once i es preciso que cumpla mi deber.

MAR. — Desgraciados! su suerte va a cumplirse i no hai esperanza!

OFI. — (*acercándose al lado de la Capilla*). Caballeros, han dado las once i es la hora de partir....

ESCENA 12.^a

DICHOS i ORMENT, ZULAIVAR i el RELIJIOSO.

ORM. — (*saliendo*). Valiente i jeneroso Azuero! Aun volvemos a vernos.... (*se estrechan la mano*).

AZU. — Mártir de la libertad! Orment, noble francés.... abracémonos! (*se abrazan*). (*a Zuláivar*)—Denodado Zuláivar... al fin llegó el momento del postrimer adios!....

ZUL. — Adios mi noble amigo....

AZU. — Partir!.... pero a dónde, buen Dios!

ORM. — Ah! mui léjos!

ZUL. — Es un viaje mui largo, i.... no se vuelve jamas!

ORM. — A lo ménos vamos a una rejion a donde no puede alcanzar la cólera de los tiranos!....

- AZU. — Es cierto! en la eternidad no reina sino la paz de Dios! Que él os sostenga en el terrible trance, amigos míos... Valor i resignacion, que arriba del martirio está la inmortalidad!
- MAR. — Morir! siempre morir... pero es horrible sentirse despedazar por el verdugo! ... Desgraciados! (*se oye a lo léjos el toque de difuntos*).
- ORM. — Oyen ustedes esa fúnebre campana? Es el toque de difuntos!... Aun no hemos muerto, i ya la lei nos declara cadáveres! Oh, profanacion de la religion!... miéntras la sociedad nos deja asesinar, la iglesia levanta una plegaria de duelo i de tristeza!
- ZUL. — El suplicio nos espera... adios!
- ORM. — (*a Azuero*). Adios, caro amigo, republicano jeneroso... Adios, hasta la eternidad!
- AZU. — Oh, cuánta iniquidad! Con que ya ese mónstruo no se satisface sino con sangre! Bien decía yo que nunca los tiranos supieron perdonar! Patriota Zuláivar! valeroso Orment! id al cadalso con la frente serena i el corazon tranquilo, i haced ver a los asesinos de Colombia, que los defensores de la libertad, orgullosos de la grandeza de su causa, tienen tanto heroismo para combatir como para soportar el suplicio... (*continúa, sin cesár, el toque de difuntos*).
- OFI. — Despachen ustedes, caballeros. Mi deber me obliga a no detenerme por mas tiempo, i debo cumplirlo, a pesar mio.

ORM. — (*abrazando a Azuero*) Adios, inteligente i valeroso jóven.... orgullo de Colombia! Adios..... para siempre! Señoritas, recen ustedes por nosotros: las oraciones de los ánjeles deben de ser mui gratas para Dios!

MAR. } (*llorando*)—Adios!
MAT. }

ZUL. — Republicano Azuero! que el cielo le conserve a U. para bien de la patria! Llevo al cadalso el corazon tranquilo... Dejo a mis victimarios.... el remordimiento..... i el perdon! Adios! (*se abrazan*).

AZU. — Adios mártires jenerosos de la libertad de Colombia!..... Yo os juro que si conservo la vida, la consagrare a honrar vuestra memoria i servir a mi patria infeliz.... Marchad al suplicio con resignacion, que tarde o temprano Colombia os vengará..... (*salen de la prision, mientras habla Azuero, i empieza luego una música fúnebre que va alejándose lentamente*).

ESCENA 13.ª

MARIA—AZUERO—MATILDE.

MAR. — Oh! yo tiemblo.... mis fuerzas decaen, mi corazon se aprieta, mi cerebro se quema! Dios mio! ya no hai compasion ni clemencia!.... (*Matilde permanece silenciosa i llorando*).

Azu. — Así sucumbe el patriotismo en las aras sangrientas de la tiranía! Colombia! infortunada Colombia.... ¡es así como tus crueles majistrados deben cumplir la mision i ejercer el poder que les confiásteis?... Primero han envilecido la nacion; i cuando sus hijos se han levantado en defensa de la libertad, se desploma sobre ellos la cólera del déspota! Ah! que así como les faltó clemencia a los tiranos para asesinar te, patria mia, les ha faltado tambien para asesinar a tus leales defensores! Espantosa profanacion de la lei! cruel mutilacion de la República!.... Ya no hai que esperar jenerosidad, sino venganza i muerte, del odioso tirano de Colombia.... Bien; orgulloso Dictador! gózate en la sangre, los suspiros i las amarguras de los amantes de la libertad—que luego llegará un dia, en que despertando el pueblo de la indolencia en que vejeta, te pida cuenta, con lá terrible voz del trueno, de lo que has hecho de la gloria de Colombia i de la sangre de sus hijos!

MAT. — Por piedad, Celestino.... modera tu lenguaje: si llegan a oirte, estás perdido sin remedio....

Azu. — ¡Qué esperanza puedo tener de vida ya? De qué puede servir la vida de un republicano en un suelo degradado por una tiranía sangrienta, que se goza en el asesinato.... (*suená a lo léjos una descarga de fusilería*).

MAR. — Ah! (*cae de rodillas en actitud de orar*)
Todo se ha consumado, buen Dios!...

(*Al mismo tiempo Matilde se arroja a los brazos de Azuero, con desesperación*).

AZU. — Jenerosos republicanos! dormid en paz, en el seno de la muerte!... Vuestras almas han subido al cielo reservado a los mártires de la libertad! Cálidas, Camilo Torres.... recibid en vuestra fúljida morada esos nuevos huéspedes!

MAT. — Celestino! ya no hai esperanza para tí.... Mi corazon me dice que tu suerte será la de Orment i Zuláivar!....

MANUELA SAENZ. — (*saliendo del lugar donde estaba oculta*). Sí; su suerte será la misma! Celestino Azuero! empieza mi venganza ya.... El cadalso te espera.... el cadalso es el premio de los conspiradores! Ese será el altar de tu himeneo!

MAT. — Dios mio!.... (*se desmaya en los brazos de Azuero, i María permanece de rodillas orando en silencio, en tanto que Manuela Sáenz contempla el grupo con aire de triunfo i de ironía*).

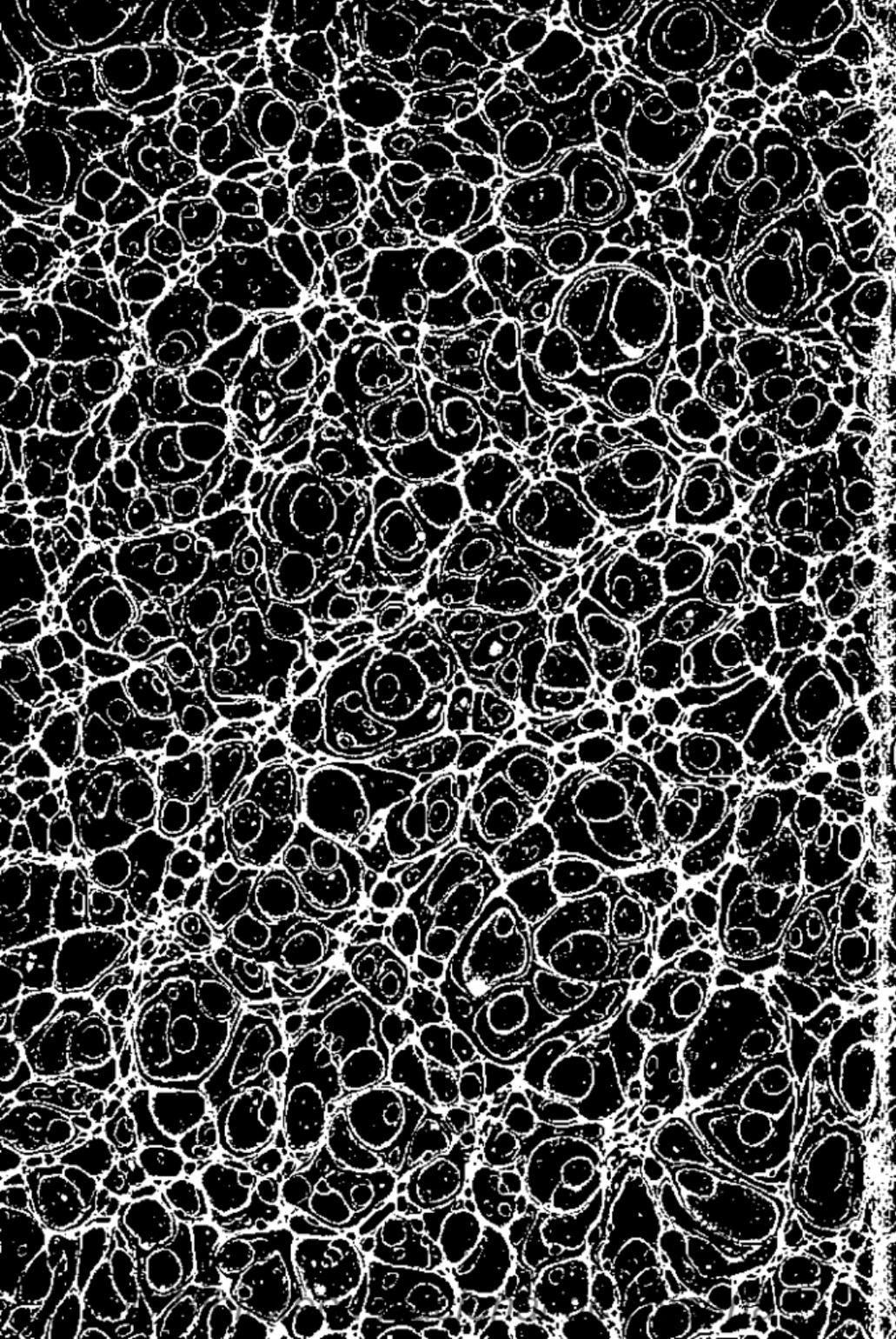
AZU. — Sea, en buena hora.... Espero el cadalso con resignacion! Lo espero, mujer abominable, que vienes a gozarte en nuestro duelo como una aparicion infernal! Moriré como republicano; i la posteridad, siempre justiciera, sabrá honrar la memoria de un puñado de jóvenes patriotas, que olvidándose de sí mismos,

con absoluta abnegacion, se lanzaron, para salvar la patria esclavizada, en una andaz revolucion, que si fué desgraciada, fué santa, lejitima i jenerosa por su heroismo i por sus fines! — Venga la muerte, en hora buena! La muerte se recibe sin miedo en el corazon ni palidez en la frente, cuando ella es la corona del martirio,— el premio de un noble sacrificio hecho én el altar de la patria!.... Por eso, yo me adelanto a recibirla!

FIN DEL DRAMA.

José M. Pamflet.





BIBLIOTECA
NACIONAL

BN



1002118497



85601153856011538